

FRANCISCO JAVIER OVALLE CASTILLO

DON PEDRO MONTT

EX-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE

IMPRENTA UNIVERSITARIA

— Bandera 130—SANTIAGO—

1918

Reseginado por
Francisco Javier
Wall Castillo
y á
Victoria Martínez &
Lgo, 23 de Octubre de
1918



S. E. el Presidente de la República
Excmo. Señor Montt

DON PEDRO MONTT

Ex-Presidente de la República de Chile



FRANCISCO JAVIER OVALLE CASTILLO

DON PEDRO MONTT

EX-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE

4014

IMPRENTA UNIVERSITARIA

== Bandera 150—SANTIAGO ==

1918



La esposa de S. E. el Presidente de la República
Señora del Campo

A la Señora

Ines Arrieta de Figueroa

Señora Ines Arrieta de Figueroa:

Al dedicar a Ud las páginas siguientes que encierran una parte de la vida particular i política del egregio Presidente Montt, lo hago en homenaje al altísimo aprecio que Ud. hizo de las eminentes virtudes de aquel Jefe de Estado, modelo de dignidad que en la Presidencia compartió su labor con el ilustre esposo de Ud., don Javier Figueroa Larrain, haciéndolo Presidente del Consejo de Ministros del primer Gabinete con que inició su Gobierno.

De la profunda simpatía que a ambos inspiró el Gobernante de que nos ocupamos, cifra toda ella en la honorabilidad sin tacha

de aquel ciudadano de exaltado patriotismo, participó tambien lo mas selecto del pais que sabe rendir desinteresado culto a las gloriosas tradiciones de la República. Todo el mundo estaba en lo cierto al asombrarse de las vastas i soberanas virtudes del señor Montt.

Si su labor como Mandatario inspiró dudas, debemos, en nombre de su honradez acrisolada, anticiparnos a levantar todo cargo que ofenda su noble memoria, porque cuanto hizo no se inspiró en otra cosa que en su amor a la Patria.

Llegó al Gobierno en la mas crítica de las circunstancias: parecia que todo se habia con-fabulado para poner trabas a su alta labor. Esto no es un misterio para sus conciudadanos; bien saben ellos que para ningun Majistrado fué la fortuna tan adversa.

La historia le juzgará en dia no mui lejano cómo sabe juzgar a los que le sirven de pedestal a su monumento. Y si de este juicio que de seguro será formulado con la reflexion del tiempo que aniquila todas las pasiones, resultare lesionada su labor de Majistrado, saldrán en cambio ilesos i triunfantes su hon-

radez inmaculada i su patriotismo incomparable.

Aceptad, señora, una vez mas el homenaje de mi mas alto aprecio.

Su afectísimo amigo i respetuoso servidor.

FRANCISCO JAVIER OVALLE CASTILLO.



PRÓLOGO

Al tomar posesion del Gobierno de la República en las postrimerías del año de 1915 el actual Jefe de Estado de Chile don Juan Luis Sanfuentes, dimos a la publicidad un libro de 170 pájinas que contenia las fases mas culminantes de la vida particular i política del Presidente don Ramon Barros Luco, el mismo Mandatario que hizo entrega del Poder al Magistrado que en la hora presente dirige los destinos del pais.

En dicha obra tratamos tambien de la Presidencia del espresado señor Barros, naturalmente que de una manera incompleta porque

nuestra intencion al ejecutar dicho libro fué solamente la de allegar luz a los historiadores nacionales del porvenir, ya que sobre nuestras Presidencias últimas nada hai escrito.

Hoi damos a la publicidad un libro análogo al anterior, acerca de la personalidad i del Gobierno del señor Pedro Montt.

El público conoce bien el carácter de los dos Jefes de Estado (antecesor i sucesor en órden inmediato) por cuya razon nos vamos a privar del agrado de esplicar estensamente el por qué de que el presente trabajo pueda tener mayor atractivo para nuestros lectores.

El señor Montt, no obstante de ser hijo de un ilustre mandatario i de pertenecer a la sociedad patricia, fué mas bien el producto de su preparacion científica que de los favores de su clase privilegiada, i el señor Barros Luco ha sido el heredero opulento que creció i se fortificó en medio de las regalías i encantos de un hogar afortunado sin esponerse, como el señor Montt, tan profundamente a los desvelos i sacrificios que demandan la vida política.

El señor Barros ha sido: paz, dulzura i en-

sueño; el señor Montt, actividad de hombre de Estado; su intelijencia, instruccion i laboriosidad sin límite, dejaron en la vida nacional un surco profundo. Él no conoció como otros políticos los encantos del mundo, todo en él fué: lucha, trabajo i justicia.

Al escribir este libro nos apoyamos en la verdad estricta. Nuestros pasos no han sido guiados por ningun sentimiento que esté en pugna con el deber i la lealtad del observador sereno i consciente. Aludimos a las virtudes i a los errores con entera libertad, sin sujecion a odios, ni afectos, ni aun al temor a las amargas censuras que puedan arrojarse sobre nuestra pluma por aquellos que creen que la historia debe tener sus discreciones.

La vida de Pedro Montt fué tan acrisolada como la de aquellos espartanos de que nos habla la tradicion, cuya pureza de costumbres los hacia rivalizar con la espléndida hermosura del sol.

Como Presidente su labor no está exenta de reproches, pero los errores de su Gobierno se disuelven fácilmente ante la expectativa de sus altas virtudes. Si abandonó en ciertas oca-

siones sus deberes para con la Constitucion i las leyes, fué debido a los inconvenientes que le opusieron a su labor de Jefe de Estado; jamás para cometer acciones indignas. Él queria gobernar prolijamente i elevar el poder de Chile a un alto grado de superioridad.

Sabia el señor Montt que en algunos paises de Europa se suele, en ciertos casos, no guardar profunda deferencia a las leyes que rijen aquellos grandes estados para obrar con mas rapidez i ajustarse mas prontamente a los avances de la civilizacion moderna, sin que pueblo i gobierno resulten con sus derechos lesionados, por lo cual quiso adoptar en Chile igual modo de ser, olvidándose de que en nuestro pais no ha sonado todavía la hora solemne para que nuestra carrera se haga sin la ayuda intensa de la firme luz de la lei. Nosotros no tenemos aun la alta nocion del patriotismo i al obrar fuera de la lei nos olvidaríamos enteramente del pais para beneficiar nuestros intereses domésticos. No es para nadie un misterio el hecho de que en Chile vivimos terjiversando leyes en beneficio de nuestras comodidades.

Estudiado el Gobierno del señor Montt me-

dian­te la clara i fresca luz de la justicia, se deduce que él no estuvo a la altura de sus antecedentes de estadista probo i amante de los deberes constitucionales. Bajo su administración hubo desgobierno i dentro de la casa misma del Presidente, del Palacio mismo que le sirvió de morada a su paso por el Poder, se complotaba en medio del fausto de una vida cortesana contra su felicidad personal i sus nobles miras de gobernante. Hubo aun mas: el señor Montt, que durante toda su vida fué un gran político i un leader de partido con las mas poderosas atribuciones, llevó al Poder su carácter de jefe político, cuyas funciones ejerció con grave detrimento de su acrisolada honra­dez.

El Excmo. señor Montt fué Presidente de la República i Presidente nominal del Partido Monttvarista, con fuertes atribuciones olvidándose de que, por el desempeño del primero de los cargos, le estaba vedado ejercer las funciones del segundo. Constituido en jefe de un grupo político así, debia imperiosamente tener predilecciones i lesionar con esto los derechos de las demas sectas, las que, por paternal de-

ber, estaba obligado a unir i reconciliar para hacer un gobierno cómodo, llevar la paz a los partidos i labrar la felicidad del Estado, cuyos intereses administraba por votacion popular. Este grave error no lo conoció el Presidente, porque siempre le vimos proceder como a un ciudadano cuyos pasos guía un excelente espíritu.

Como director de la Hacienda pública, el ramo mas delicado e importante de una administracion i sobre el cual deben estar fijos constantemente los ojos del mandatario, el señor Montt no fué feliz. Las finanzas del Estado experimentaron un serio trastorno que arruinó completamente el crédito i el prestigio financiero del pais en forma tal, que una gran Agencia de Dineros extranjera que conocia mucho a Chile preguntó, cuando se trataba con ella de un empréstito para nuestro Gobierno: ¿ese pais es solvente? ¿que no está en bancarrota esa nacion?

Concibió proyectos jijantescos de obras públicas, como que fué el primer Ministro de este ramo que hubo en Chile i que desarrolló cuando se creó tal Ministerio, en compañía del

Presidente Balmaceda, el vasto plan de ferrocarriles, edificios i monumentos que confeccionó este eminente majistrado. Pero fué tal la aglomeracion de obras con que quiso engrandecer a Chile i glorificar su Gobierno, que quedaron muchas paralizadas, viéndose urjido para la prosecución de las restantes a violar las leyes de Hacienda para obtener dineros. Estudiados los planos de muchas de ellas sin escrúpulo, varias han resultado infructuosas i muchos edificios costosísimos entre ellos la Escuela de Arquitectura, no tienen cimientos. Se ha dicho que el trazado de la magna obra del ferrocarril lonjitudinal, no está bien hecho i que posee defectos que es imposible remediar.

Pocos presidentes como el señor Montt han tenido una presidencia mas ajitada i desgraciadamente, todos estos afanes fueron infructuosos. La fatalidad persiguió al Majistrado hasta su lecho de muerte. Las intrigas palaciegas que se desarrollaron cuando salia para Europa por última vez, a propósito de la Vicepresidencia, amargaron profundamente los últimos dias de su vida. Lo que se hizo entónces en torno del lecho en donde agonizaba un servi-

dor público eminente fué indigno de una política servida por hombres prestigiosos i que se decian leales i agradecidos.

Su advenimiento al Poder fué, como su fin, una amargura. El pais, aniquilado moralmente, convirtiése casi en ruinas diez dias ántes que el Senado de la República calificase su elección. Un espantoso terremoto que incendió las poblaciones de la zona norte de Chile, arruinó a la nacion i destruyó casi completamente el vasto plan de reformas en que se basaba su programa presidencial.

Si ese Jefe de Estado hubiese gobernado en una época feliz, habria hecho una presidencia admirable.

Era un ciudadano modelo de laboriosidad. La Providencia le dió virtudes incontestables que no pueden llevar a los hombres a un fracaso, sino al éxito mas lisonjero.

La Historia severa e imparcial no ha tomado todavía a su cargo la noble tarea de justificar con enerjía los errores de los Jefes de Estado por mui visibles que se encuentren las causas que dieron lugar a ellos. Ella es implacable i estamos ciertos que al juzgar los

actos del Presidente Montt, lo hará censurándolo fria i desapiadadamente.

Las grandes virtudes personales de los hombres del Poder se convierten en nada cuando no han elevado durante su gobierno a las naciones a un alto grado de prosperidad. Isabel de Inglaterra, Luis XIV, Catalina II i Federico el Grande no tuvieron moralidad, pero los estados que gobernaron llegaron al apojeio de su grandeza i la Historia i sus contemporáneos les adjudicaron el vocablo: Grande. I a Luis XVI, que fué todo dulzura i justicia, le llamaron imbécil i lo mandaron al patíbulo.

Que duerma en paz el eminente repúblico en el soberbio monumento funerario que rivaliza con su modestia personal i que el 1.º de Julio de 1916 inauguró el Estado en una de las mas frescas i olorosas avenidas del Campo Santo de Santiago, son nuestros vehementes deseos. Sobre dicho monumento los chilenos todos dejaremos nuestras flores i oraciones i al recordar su memoria nos olvidaremos de que fué Presidente para recordarlo cuando era sólo un simple político, pletórico de salud i de vida, legislando con independendencia i libre de la

opresion parlamentaria i de las ingraticudes de los hombres que le impidieron exhibir en toda su amplitud sus lucidas dotes de gobernante.

II

El señor Montt fué por su indiscutible probidad, espléndido buen sentido, profunda instruccion, rara enerjía i elevadas intenciones, una de las mejores glorias de la nacion chilena. Pero su presidencia, no obstante sus caballerescas dotes, no se encontró por lo jeneral a la altura de las eminentes cualidades de su Jefe, el que, una vez en el Gobierno, no pudo armonizar los dos grandes Poderes que dirijen los destinos de la Nacion, dando márjen a una querella constante entre esos dos factores, elementos de Gobierno indispensables para la marcha del pais.

Si el señor Montt no hubiera pertenecido a esa gloriosa lejion de estadistas chilenos que ha dejado por todas partes las huellas de una honradez acrisolada, sino hubiera sido como lo fué, un patriota sincero, un trabajador infatigable, una instruccion vastísima, le hubiéra

mos considerado en el desempeño de sus altas funciones (relegando en ciertas ocasiones a un oscuro rincon de su gabinete la Constitución Política que nos rige) un gobernante apasionado i absorbente, para el que las leyes carecian de la fuerza i de la importancia que tuvieron para los esforzados lejisladores que las estudiaron, sancionaron i aprobaron con su voto.

No queremos hacer a la digna memoria del finado Presidente, la ofensa de declarar que durante su Administracion la Carta Constitucional que rige los actos de nuestros Jefes de Estado fué quebrantada seriamente, porque nos consta que si durante ese Gobierno se incurrió en ciertas irregularidades, fué a causa de injustas presiones que se hicieron sobre el ánimo de su Jefe, presiones con las que jamas soñó su alma de hombre de bien. Con la franqueza que lo distinguia i que fué su mejor galardón de honor, i la enérgica sinceridad que inspiró los actos de toda su vida, derramó con su juramento sobre aquella Carta, al subir al Poder el 18 de Setiembre de 1906, todo el perfume de su espíritu de hombre de Estado

irreprochable, pero la adversa suerte decidió otra cosa.

Muchos desviamientos de los deberes que la susodicha carta impone a nuestros Presidentes forman el tejido de ese Gobierno, que fué en un principio una de nuestras mas gratas esperanzas, i que despues su Jefe, obligado por circunstancias no previstas, quebrantó insensiblemente dejándonos sorprendidos i atónitos.

A aquellos que no comprendieron la infinita responsabilidad que el señor Presidente tenía sobre sí, les pareció extraño que la Revolucion no hubiese prendido alrededor de una Presidencia que, segun ellos, habia despreciado con toda buena fe nuestras leyes, violado los contratos públicos, entregado las obras nacionales a extranjeros incompetentes i jugado locamente con las riquezas del Estado.

Se acusó—decian aquellos—al Excmo. señor Balmaceda, uno de nuestros magníficos Presidentes, que hizo por la nacion chilena todo cuanto es grande i bello, de haber herido la Constitución de 1833 en lo mas íntimo de su corazon, haciéndose en torno de su laboriosa

administracion una de las Revoluciones mas horrorosas que rejistran los anales de la Historia sudamericana i de la cual el señor Montt fué uno de sus precursores i una de sus figuras mas culminantes, i jamas se ha dicho nada serio, en señal de protesta, de los actos inconstitucionales del Gobierno que subió en 1906.

III

El señor Montt perteneció a un partido que cuenta a la fecha mas de medio siglo de vida i al que han pertenecido i pertenecen nuestras eminencias políticas mas distinguidas, i ese partido, compuesto de hombres sólidos, raras veces tránsfugas, unidos en la adversidad como si pertenecieran a una lojia de hierro, i del cual el señor Montt fué su director aun en la Presidencia misma, ha impuesto suavemente el silencio en derredor de la tumba de aquella Administracion, dando con ello márjen a que permanezca inalterable el velo que nos divide de esa época i a que no se formule análisis alguno sobre los actos de ese Gobierno, que bajo el cielo de una política mas ele-

vada i mediante la cooperacion mas jenerosa i desinteresada de los partidos, hubiera sido de los mas felices i prósperos.

El Partido Nacional, creacion del padre del señor Montt i de su incomparable amigo Antonio Varas, sintió por Pedro, el hijo de aquel majistrado modelo, un afecto indescriptible, por cuya causa sus miembros continúan todavía rindiendo a su querida memoria homenajes parecidos a los que la Iglesia Católica tributa a sus celebridades mas gloriosas. Esa entrañable adoracion bien merecida, porque Pedro fué de los Nacionales un leader esquisito con todas las condiciones de un jefe que siente las pulsaciones de la vida de sus amigos i admiradores, no ha permitido que su Gobierno, en ninguna de sus formas, sea tachado de ilegal. La solidaridad es así i cuando ésta se practica con amor profundo, la justicia no tiene derecho de esperar mui prontamente el triunfo: el éxito corresponde a la oscuridad en tanto que la mano de hierro de la Historia no haga la autopsia del cuerpo que se halla oculto en un brillante sarcófago.

IV

Nuestra pluma no sería honrada ni digna si sobre lo escrito anteriormente no declarásemos que los procedimientos del señor Montt, tachados de anormales, obedecían a un plan de grandeza nacional elaborado por dicho señor desde varios años ántes de subir al poder.

El Presidente, que conocía tan bien nuestras deficiencias, soñaba con dulzura con las obras públicas i sin consultar detenidamente a la Comision de Hacienda i sin esperar el beneplácito de las Cámaras, a cuya soberana voluntad se hallaba sometido en su calidad de Jefe del Poder Ejecutivo, disponía de las riquezas del Estado en una forma inaceptable en un país que tiene leyes i Constitucion política i administrativa, en una forma que pudo haberse calificado mui duramente si la mano que las administró no hubiera correspondido a la del dignísimo señor Presidente, quien fué la encarnacion de la probidad, i si el objetivo que guió a éste no hubiese correspondido al

engrandecimiento de su patria i al bienestar absoluto de sus conciudadanos.

V

El Parlamento, con una descortesía incomparable, le desechó casi siempre sus opulentos Mensajes, lo que indujo constantemente al Majistrado a recurrir a otros medios, siempre fuera de la Constitucion, para llevar a cabo los trabajos públicos con que deseaba glorificar su Presidencia.

Las Cámaras, sin perder el calificativo de descorteses con el señor Presidente, al oponerse, obraban en conformidad a sus reglas, que el señor Montt no tenia razon alguna para quebrantarlas, i mucho ménos él que en 1891, época sangrienta para los chilenos, aplaudió i sancionó con su actitud, su voz i su voto, las modificaciones que recibió la Constitucion de Chile, por medio de las cuales la Cámaras tenian decisiva influencia sobre la voluntad presidencial.

El Parlamento que gobernó con el señor Montt creia que el Majistrado debia de ajustar

sus peticiones de dinero para aquello que era urgente e indispensable, pero el señor Presidente no reconoció urgencia alguna a otros negocios nacionales mas que a aquellos que preocupaban su ya debilitada mente.

Fué así como el Ejército i la Armada no tuvieron durante aquella administracion verdadera ayuda; el Jefe de Estado creyó siempre i con fe mui sincera que no habia para qué dedicar a las instituciones armadas el pensamiento nacional, porque la política esterna no ofrecia peligros evidentes. Debido a este criterio fué que durante el Gobierno de que nos ocupamos, los soldados de mar i tierra vistieran de harapos, que nuestras baterías fuesen antiguas i deficientes; i a propósito de los elementos bélicos encargados a Europa se suscitó una agria cuestion, que dividió intensamente a nuestros oficiales jenerales i subalternos hasta 1912; que nuestra Escuadra fuese, como lo es hoi dia, un esqueleto; que la Empresa de los Ferrocarriles del Estado estuviese profundamente desorganizada; que la Municipalidad de Santiago fuese un foco de corrupcion, como así tambien otros servicios públicos.

La tirantez de relaciones que durante el período del Excmo. señor Montt hubo entre las Cámaras i el Presidente, fué tan seria, que unos i otros se hicieron desentendidos de sus mutuos deberes. Fué así cómo los Presupuestos llegaron a ser inútiles: se fijaba para los servicios de la nacion cierta cantidad de dinero estudiada ya por las Comisiones del Congreso i el Presidente se excedia de ella por medio de órdenes especiales, llegando a abrir una cuenta corriente de 7.000,000 de pesos sobre la que el Ministerio de Hacienda giraba para el pago de las obras públicas. Esta cuenta corriente dió oríjen a una ruidosa acusación formulada por el Diputado por Angol.

No discutimos la seriedad de la acusación, ya que ella se llevó a cabo en nombre de la lei, pero tampoco aplaudimos al acusador porque éste bien sabia que los millones no se perdian, sino que se invertian en los trabajos nacionales, entre los que se contaba el Ferrocarril Lonjitudinal (obra interesante, a pesar de lo que se ha dicho, de que pudo haberse hecho un trazado mejor estudiado), el que en la hora presente ha unido a Santiago con Iqui-

que, desbaratando el sueño de la minería que medio siglo atrás hizo tan opulento a Chile ; la que yacia olvidada en espera del riel que debia abrirle, por iniciativa del Excmo. señor Montt, brillantes horizontes.

VI

El finado Presidente sintió por nuestros profesionales honda repulsion i jamas, por esta causa, dió a ingenieros chilenos los trabajos públicos encomendándolos casi siempre a los extranjeros, los que, mui léjos de corresponder a la digna confianza de Su Excelencia, se convirtieron en usurpadores de nuestro Erario. Así fué como se presentó al Gobierno del señor Montt un constructor para llevar a cabo el ferrocarril entre Laguna i Pueblo Hundido, quién no era otra cosa que un individuo de estrañas costumbres fugado de presidios europeos i al que el Excmo. Presidente hizo nulo el contrato cuando la Penitenciaría de Londres buscó ávidamente al audaz contratista.

¿Se han olvidado nuestros lectores de Williams Silverberg i Cía.?

Los ferrocarriles del Estado, puestos en manos extranjeras, no fueron tampoco a la reorganizacion como lo deseaba ardientemente el señor Montt. El Injeniero i Director de ellos, señor Huet, a quien el Gobierno hizo contratar en Béljica, no pudo desenredar la madeja que venia embrollada desde años atras, no obstante el aumento del Presupuesto, de los Ferrocarriles, que excedió en 40.000,000 al de la Direccion pasada, que éra sólo de 20 millones. La Empresa no tuvo bodegas en sus estaciones i paraderos, carros ni locomotoras i la carga era audazmente usurpada por los caminantes, arruinada por las lluvias i devorada por los animales.

VII

Respecto de la cuestion peruana, enojoso i antiguo litijio que el señor Presidente quiso vivamente solucionar a su paso por la Moneda, el Gobierno de este ilustre ciudadano no hizo gran cosa. Al conocer de este negocio se conmovió todo el continente sudamericano: la amistad con Brasil, tan afectuosa con Chile,

esperimentó algunas alternativas; la Argentina, no obstante las personales simpatías del señor Montt, receló un poco de nuestra sinceridad; se ofreció con suma indiscrecion pertrechos de guerra a Bolivia para que desconociese el laudo del Presidente Argentino Figueroa Alcorta; las oficinas de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores fueron violadas i de ellas se sustrajeron documentos secretos que aparecieron despues en Lima; se infundió con mal disimulada discrecion valor a la República del Ecuador para que se levantase en contra del Perú; dando con todo esto motivo a la Cancillería del Presidente Taft de los Estados Unidos para que hiciese a la nuestra preguntas sugestivas, que tenian el carácter de una fina observacion, lo que no es raro en la política imperialista de la gran República, la que como nos consta, no gasta muchos escrúpulos para hacer sentir su influencia sobre el Continente latino al menor ruido que hagan los sudamericanos.

VIII

El señor Montt esperimentó en el desempeño de su cargo todas las amarguras que trae

consigo la Presidencia i las recibió con aquella entereza que Dios ha concedido a las naturalezas privilegiadas. El pais lo comprendió así i por ello es que su sagrada memoria no ha sido profanada. Si su labor infatigable no la hubiera desarrollado con tanta jenerosidad en beneficio de su mui amada tierra, la Patria no lo tendria, como lo tiene hoi, en el número de sus benefactores mas eminentes.

Junto con experimentar las infinitas amarguras del Poder, vió desarrollarse una *arterioesclerósis* que aunque en jérmen al subir al Gobierno, estaba profundamente avanzada al final de éste. Esta enfermedad fué la que orijinó la muerte de don Manuel, su padre, de Manuel i de Luis, sus hermanos, i la suya tambien.

Falleció en tierra extranjera a donde fué por prescripcion médica i permiso del Congreso en busca de reposo i de salud.

Su viaje desde Santiago a Alemania no fué de descanso ni de alegría, porque en la navegacion estudió con interes los problemas nacionales que dejó sin solucion. A su salida de Estados Unidos, en donde conferenció con el

Presidente de esa gran República, telegrafió a su reemplazante en Chile, indicándole adoptar cierto temperamento en los asuntos de límites del Perú con el Ecuador.

Esto revela que el Presidente trabajó como en buena salud en las profundidades del barco, sin arredrarlo las violentas sacudidas del navío, la ajitación de las olas i los misterios de la jornada emprendida a merced de Dios.

En el viaje cumplió sesenta años de edad, de los cuales cuarenta consagró al servicio de su mui amada patria con imponente laboriosidad, a esa patria que jamás le agradeció como él lo esperaba sus brillantes sacrificios i a la que pudo haberle dedicado, si la muerte que puso fin a su noble existencia, no hubiera sido tan rápida como lo fué la despedida de *Scipion* que envuelve toda una amargura, toda una protesta de grande hombre i de gran patriota: ¡Oh, ingrata Patria, ya no tendrás mis cenizas!

FRANCISCO JAVIER OVALLE C.

Santiago, 16 de Agosto de 1918.

LA PERSONALIDAD

DEL SEÑOR PRESIDENTE

DON PEDRO MONTT

I

Se encuentra delante de nosotros una de las figuras mas eminentes de nuestro mundo político. Esa personalidad tan brillante la encarna don Pedro Montt i Montt, Presidente de la nacion chilena entre los años de 1906 i 1910 i cuya indiscutible austeridad nos induce a decir de él lo que la Historia de Ana de Francia: *magnífico i severo como una catedral.*

El señor Montt ha sido uno de los tres Montt

que nos han gobernado desde el Palacio de la Moneda.

El primero lo fué don Manuel, el ilustre padre de Pedro, que desde su alto puesto condujo los destinos nacionales con rara habilidad i poderosa voluntad; el segundo lo fué don Jorge, Almirante retirado hoi dia, que en 1891, a instancias del Congreso Nacional, sublevó la Escuadra Naval surta en las aguas de Valparaíso, precipitando con ese acto al pais en una formidable revolucion sin precedentes en los anales de la Historia sudamericana, i el tercero lo fué don Pedro, de cuyo Gobierno i personalidad nos vamos a ocupar en este libro.

El Almirante retirado es hoi dia un simple ciudadano i sus relaciones de parentesco con los otros Montt son cercanas. La rama suya radicóse en Casablanca, en donde casi todos sus deudos fueron poseedores de estensas i valiosas haciendas, contándose como propietario de una de aquellas, un Montt que tambien se llamó Pedro i cuyo apellido materno corresponde a la ilustre casa de Pérez.

Don Manuel, el primer Presidente de la familia, poseyó tambien en aquel mismo depar-

tamento la gran hacienda de *Las Mercedes*, cuya importancia i valor se habrian duplicado si el trazado del ferrocarril que hoi dia une a Santiago con Valparaiso, se hubiese hecho por Casablanca, mas la probidad del Presidente, que fué la de un gran señor, se opuso a ello, ejecutándose entónces los trabajos sobre la áspera cuesta del Tabon.

X

II

La historia de la vida de Pedro está llena de hermosas acciones: su existencia, que sólo llegó hasta la edad de sesenta años, fué un bello ejemplo de honorabilidad. Sus actos prolijamente desarrollados estuvieron siempre a la altura de los de un estadista que inspira su conducta en la mayor delicadeza i justicia. Por ello fué que contra su curul de lejislador que ocupó casi sin intervalos desde 1876 a 1906, chocaron todas las pretensiones bastardas de los que deseaban jugar con el crédito y la honra del Estado, a los que fiscalizó en una forma dura, vigorosa, consciente. Su benevolencia, tratándose de los que absorbían la vitalidad

del pais, fué siempre pálida porque creia con sinceridad que el hacer uso de ella en la cosa pública, a la que, como todos sabemos, dedicó siempre sus mas caros afectos, sólo servia para atenuar acciones infames que, a su juicio, debían ser castigadas con el rigor de la lei. Por esta razon le vimos impertérrito ante la solicitud que le presentaron las mas opulentas señoras de la sociedad de Santiago, por medio de la cual pedian al Jefe de Estado que conmutase por presidio perpetuo la pena de muerte impuesta por nuestros Tribunales al Canciller de la Legacion Imperial de Alemania W. Becker, quien en 1909 incendió el edificio en donde tenia sus oficinas el Baron de Bodman, representante del Kaiser en Chile, siniestro en el cual pereció un miembro de la servidumbre del citado Baron. El Presidente de la República era entónces el señor Pedro Montt, cuya salud estaba seriamente comprometida, pero nadie lo detuvo en su resolucion i las ricas señoras que iban a hacer valer su alta influencia, su brillo i oropeles, ante el Magistrado moribundo, retrocedieron espantadas sin alcanzar lo que pedian.

III

La severa fisonomía del Presidente, iluminada mui pocas veces por la sonrisa propia de las almas alegres, guardaba perfecta armonía con la rijidez i austeridad de sus actos. El señor Presidente era un hombre moral en sus hechos i pensamientos i ántes que pedir a los demas el cumplimiento de tan excelsa virtud, la practicaba con rijidez espartana, a fin de tener la valentía de controlar los actos de sus conciudadanos con la visera levantada. Se inspiró siempre en la justicia i si en algunas circunstancias de su vida la nacion creyó verlo apartarse de ella, sobre todo en la época en que dirijió sus destinos, deber nuestro es disculparle ese error, porque para nadie es un misterio que la delicada naturaleza de las funciones del poder pone a prueba la rectitud de las autoridades mas eminentes. En ningun caso la hidalguía del señor Montt quedó destruida.

De rostro moreno el señor Presidente, de facciones poco dulces, de ceño i mirada de

hombre sério, austero, estudioso, reflexivo, i con toda la nocion de su alta responsabilidad, enemigo de las vanidades i de dar a su tez algunos de los afeites que pudieran imprimirle el carácter de un encantador, poseia, en cambio, un alma de trasparente blancura. La Providencia, al dar vida a su existencia, puso en él dos colores que debian hacerse contrapunto, pero dió el blanco a aquella parte mas esquisita de su ser.

Al oir hablar a ese majistrado identificado con la nacion por sus bellos servicios, cualquiera que fuese su interlocutor se reconciliaba prontamente con su adusta fisonomía, porque bajo ese ríjido semblante habia un espíritu rico en dones superiores.

Antes que muchas cualidades que constituyen la personalidad del hombre, triunfó en él con el mayor éxito la perseverancia. Poseia una tenacidad avasalladora, que no reconocia obstáculos. Esta condicion tan interesante para los que la poseen i que da tanta resistencia en las luchas de la vida, fué en poder del señor Montt un arma de un valor inestimable.

Antes que su mismo talento que fué muy claro, que su misma probidad que fué inmaculada, que su ilustracion que fué amplísima, que su memoria que fué privilegiada, triunfó en el señor Montt su enerjía incomparable.

Fué un ciudadano de voluntad de acero, al que bien podríamos aplicar la declaracion que respecto de Jesus hizo el eminente escritor frances Mr. E. Renan: *poseia una voluntad espantosamente enérjica.*

Pero desgraciadamente, para el público, muchas de sus actitudes, muchas de sus resoluciones templadas en esta acerada enerjía, revistieron el carácter de obsesiones improductivas i casi se comparaba su tenacidad con la de uno de los Jacobos de Inglaterra, de cuya terquedad el Príncipe Cárlos, su hermano, se quejaba en esta forma: *es tan testarudo como un mulo.* Se acusó muchas veces al señor Presidente de oponerse al éxito de asuntos sencillos sin mas fundamento que su capricho i de haber atacado directamente por medio de su tenacidad los intereses nacionales con grave detrimento de su alta reputacion de estadista.

IV

Creyendo mui justamente Pedro, que nuestro pais no posee todavía la cultura i civilizacion suficientes, para que los hombres de aspiraciones como él, se queden sin salir a buscar la perfeccion de la intelijencia en naciones mas prósperas que la nuestra, se marchó a Europa a poco de haber aparecido en la vida pública. Desde su infancia presentia ser un hombre de Estado i para poder serlo en una forma séria e irreprochable, necesitaba fortificar sus conocimientos en el Viejo Mundo, i por eso fué allá.

Sus viajes por Europa fueron cinco i de ellos supo sacar todas las ventajas que puede obtener un hombre de su ilustracion i de su voluntad.

El primero lo realizó a poco de haber hecho su estreno en la carrera política, el segundo durante la presidencia del Excmo. señor Balmaceda, el tercero en 1891, durante la Revolucion, el cuarto en 1901, despues de la proclamacion del Presidente Riesco, i el quinto en

1910, cuando se trasladó a Alemania en busca de salud, falleciendo el mismo día de su desembarco en Bremen.

Conoció detenidamente casi todas las capitales mas importantes del Viejo Continente i como sabia el ingles i el frances perfectamente, no poco del aleman, algo del griego i del hebreo, llegó a todas partes con la tranquilidad i holgura del que viaja por territorios que le son familiares. Entusiasta i sincero admirador de las reliquias del pasado, se detuvo ante los museos i ruinas históricas con verdadera veneracion. Tenemos a la vista algunas fotografías del señor Montt que lo representan visitando los monumentos ejipticos; las puertas del palacio de Pérsépolis del Rei Darío, guardadas en el museo británico de Lóndres; el parque de Saint Souci; las cataratas del Niágara en E. E. U. U. i, por fin, una que lo retrata en viaje por la árida pampa del Sahara siguiendo las huellas de los musulmanes.

Las bibliotecas mas interesantes fueron tambien visitadas por él.

Al movimiento político del Viejo Mundo dedícle en sus viajes no poca atencion, ya que

en cada uno de ellos encontró materia abundantísima. Los gobiernos habían experimentado visibles reformas dignas de admiración i de estudio. Así en su primer paseo se había operado la fundación de la tercera República Francesa con base política tan sólida que subsiste en el presente en forma incommovible i se había realizado también el antiguo ideal de la Confederación Alemana. En el segundo, Europa, abismada del éxito rápido i brillante que orijinó la caída del último César de Francia, cuidaba de su desarrollo económico en forma tan solemne que se organizó una exposición colosal en París en 1889, en donde el ingenio, el arte i la maravilla del hombre fueron puestas en exhibición. El señor Montt en este viaje pudo también estudiar un poco de política, porque por esta época la cuestión de Oriente tan bullada siempre, tenía actualidad palpitante. El tercero, cuarto i quinto viajes fueron los menos alegres: el uno, porque tuvo lugar en 1891, fecha de la Revolución que azotó a Chile; el otro, porque se efectuó en 1901, año en que el señor Montt experimentó un revés que no le dió la Presidencia de su

pais, i el quinto, por su enfermedad que le ocasionó la muerte.

En el viaje de 1891, la Junta de Gobierno Revolucionario que funcionaba en Iquique le confirió el cargo de Ajente Diplomático en los Estados Unidos de Norte América, en donde el Gobierno del Excmo. señor Balmaceda tenia acreditado como su Ministro a don Prudencio Lazcano Echáurren, quien dejó este puesto tan pronto hubo tomado posesion del Gobierno de la República la Junta de Iquique, pasando entónces el señor Montt a reemplazarlo i para lo cual éste presentó credenciales a Mr. Harrison, Jefe de Estado norteamericano, el 19 de Noviembre del citado año 1891.

En el desempeño de este cargo el señor Montt encontró algunas dificultades provenientes no de su actitud personal, sino de la cuestion *Baltimore*. ✕

El 19 de Octubre del año en que se hizo cargo de su nuevo empleo, es decir, un mes ántes, habia ocurrido en Valparaiso una discusion bastante ajitada entre la marinería chilena i la del buque de guerra yanqui *Baltimore* por cuya causa hubo de intervenir la autoridad

policial en forma enérgica. En esta contienda callejera i desagradable para los Gobiernos de ámbos países perdió la vida un marinero norteamericano i varios compañeros de éste resultaron heridos, como así tambien los de la marinería chilena que tomaron parte en el conflicto.

La Junta Revolucionaria, en posesion de la Moneda desde el 29 de Agosto, estaba en entredicho con Mr. Patricio Egan, Ministro de los Estados Unidos en Chile, a causa de que este Diplomático fué amigo cariñoso del señor Presidente Balmaceda, i de haberse asilado en la Legacion de su cargo no pocos de los caidos con aquel Majistrado.

Era entónces Ministro de Relaciones Exteriores el viejo adalid del radicalismo señor don Manuel Antonio Matta i por parte de Estados Unidos lo era Mr. Blaine, conocido ya por su actuacion en el conflicto del Pacífico en los años 1881 i 1882.

Cuando el señor Matta recibió las reclamaciones del señor Egan por medio de notas mui corteses, la Junta Revolucionaria, ensimismada con el sangriento triunfo que acababa de ob-

tener, se mantuvo hasta cierto punto hostil al Ministro Egan, i no atendió las reclamaciones con la justicia i discrecion tan necesarias en la diplomacia.

El señor Ministro de Relaciones Exteriores de Chile dirijió el asunto con apatía i no obstante las grandes virtudes personales del anciano campeón del radicalismo señor Matta, Chile vióse envuelto en grave asunto con el Gobierno de Mr. Harrison, al extremo de que se habló de la venida a Chile de una gran escuadra norteamericana.

En estas graves emergencias, el señor Montt dejó de ser Ajente Diplomático i tomó posesion de la vacante del señor Lazcano el 19 de Noviembre de aquel año fatídico, pronunciando con tal motivo en la Casa Blanca un lacónico discurso en el cual no hizo mencion absoluta de los odiosos asuntos del *Baltimore*, discurso que el Presidente Harrison contestó con suma cortesía, haciendo alusion a los acontecimientos que ya conocemos.

El señor Matta fué reemplazado en el Ministerio por don Luis Pereira, a quien tocó orde-

nar el saludo a la bandera yanquí en Valparaíso.

El ex-Ministro de Relaciones señor Matta, que tenia una antigua dolencia al corazon, vió progresar su enfermedad en el desempeño de sus elevadas funciones, por cuya causa encontró su muerte pocos dias despues de su retiro de la Cancillería, en la calle pública, en tránsito para su casa ubicada en Merced N.º..... en los precisos momentos en que pasaba por allí Mr. Egan, quien, con la jenerosidad que siempre lo caracterizó, hizo conducir el cadáver al domicilio del estinto.

Cuando el señor Montt emprendió su penúltimo viaje en 1901, a poco de haber sido proclamado don Jerman Riesco Errázuriz Presidente de la República, sus adversarios dijeron que iba a Europa a pasear su desenfado; mas no era así, porque el señor Montt, que tenia un carácter tan superior, no se aniquilaba mas que al peso de una accion indigna. Fué a Europa a reconfortar su hermosa esperiencia i conocer las nuevas fases de la política europea, a fin de poder hacer años despues en su pais una lucida presidencia. Regresó a la Patria en 1903, vol-

viendo a ocupar su curul de Senador por Cautin i la Vicepresidencia del Consejo de Estado.

Es del caso recordar aquí que dicho caballero cuando ocurrió la proclamacion de Riesco Errázuriz, frustrándose sus pretensiones a la Presidencia, volvió a sus negocios políticos al dia siguiente con la mayor naturalidad, como si nada hubiera habido.

En Europa i América conoció muchas de las grandes celebridades de esos continentes i en Estados Unidos los hombres de Gobierno, mui en especial Mr. Taft, admiraron mas de una vez su rara i profunda sabiduría. Así lo espresó este Presidente cuando el señor Montt lo visitó en 1910 en su último viaje.

V

Los que no conocian íntimamente a Pedro, los que tantas veces habian oido hablar de sus movimientos bruscos, de sus áridos discursos de su enérgica fiscalizacion i de su entrañable afecto hácia la justicia, los que habian oido hablar del Gobierno de don Manuel, su padre, que tuvo dos sangrientas revoluciones i que

dirijió los destinos del pais con el látigo en la mano, creyeron por algun tiempo que Pedro seria un Majistrado inflexible que no haria felices a sus conciudadanos, i opusieron a su candidatura sérias resistencias. Bajo la Presidencia de don Federico Errázuriz Echáurren se incubó ésta, i desde este momento nació la mas enérgica oposicion. Sólo sus amigos personales i los montvaristas lo aplaudian i aceptaban; el pais lo resistia, i como no se podia basar esa resistencia en sus virtudes personales, que para una época de corrupcion i de molicie nada valian, se disculpaban con que el señor Montt habia sido siempre partidario de los Gobiernos de coalicion.

Sólo se comprendió su nobleza cuando el pais nada avanzó en el período de 1901 a 1906; cuando se conoció que el Gobierno del señor Riesco no habia podido, por las obstrucciones parlamentarias, implantar las grandes reformas que tenia encargo de llevar a cabo cuando la Alianza Liberal lo elevó al Poder. Entónces fué cuando el pais se acordó del señor Montt i le tendió sus brazos.

Se le acusaba de ser un hombre terco, obs-

tinado en sus caprichos, enemigo de los ladrones, poco afable, fiscalizador inflexible.

Los jectores administrativos, tan en boga en aquellos años, lo censuraban, lo reñían, lo temían i lo combatían. Fueron éstos, grandes adversarios del Presidente.

La sociedad creía que el señor Montt en el Poder sería un ogro. Nadie se avenía a cambiar la encantadora desidia que arruinó a nuestros Gobiernos despues de la Revolución, por una presidencia austera. Pero en 1906, cansado el país de tanta corrupcion, volvió los ojos a Pedro, a quien exijió la mayor suma posible de severidad, i aquellos que lo habían combatido sin piedad estuvieron con él. La campaña de 1901, fué fria para él, porque todavía la Nación creía que la felicidad residía en el sibirismo, pero la del período siguiente fué ardorosa; en torno del señor Montt se agruparon elementos valiosos que trabajaron por su triunfo. La República, cansada ya, quería un hombre de hierro, i don Pedro había probado serlo en el espacio de 36 años.

VI

A poco de haberse estrenado en la vida política el cultísimo señor Montt, manifestó deseos de contraer matrimonio con una dama de nuestra sociedad. Parece que él no tenía predilecciones. No buscaba bellezas ni grandes talentos. Sabia de fijo que en la sociedad a que él pertenecía, formada por la alta nobleza de la República, habia muchas damas capaces de hacer la felicidad de los jóvenes de su época i que no cometeria ningun desacierto cayendo en el lazo de cualquiera de ellas. Pero la austeridad de su carácter, la severidad de su temperamento que lo hacian esquivo a los requiebros del amor, lo obligaron a experimentar algunos fracasos. El señor Montt tributaba a las jóvenes el homenaje de sus afectos, sin las ternuras del adolescente enamorado. Fué en este sentido áspero, terco, severo, grave, como lo fué en su vida de hombre público, i por eso sus pretensiones experimentaron reveses que, sin duda alguna i ya que su

carácter era tan sério, no ejercieron sobre su ánimo influencia desastrosa.

Uno de los pensamientos del señor Montt fué unirse en matrimonio con una señorita de la ilustre casa de Matte, la que, como todas las damas de esta distinguida familia, reunia en su espíritu encantos suficientes para hacer dichoso a un hombre de la sociedad; pero la egregia señorita, de sensibilidad mas esquisita que la de su pretendiente, no quiso la mano de hierro del futuro Presidente de la República i le rehusó su espartano amor. Pero éste, como hombre de empresa que era, no desfalleció i pronto tocó a la puerta de otro hogar distinguido, en donde sus requiebros fueron escuchados con regocijo i en donde se adivinó el porvenir brillante que las hadas de la felicidad reservaban al hijo segundo del Presidente Montt. La señorita Sara del Campo Yávar, tan hermosa como hábil, no desdeñó su mano i las bodas fueron concertadas rápidamente como lo deseaba Pedro.

La señorita del Campo, de carácter mui vehemente, hábil e instruida, fué en lo sucesivo la compañera inseparable del Presidente i a

ella debió éste no pequeña parte de su espectral situación. En el Poder observó una actitud diversa de la que observaron las esposas de los anteriores Jefes del Estado, porque creyendo ayudar eficazmente a Pedro en su alta labor, tomó participación intensa en los negocios nacionales, a lo que parece asentía, el Presidente con sumo agrado.

La señora del Campo, que en la actualidad tiene mas de cincuenta años de edad, era en aquel entónces, como lo es hasta hoy, dama de rara belleza a la que daban realce i majestad su intelijencia, su carácter viril, buen juicio i viveza. En opinion de muchos la señora tenia hermosas seducciones.

El Presidente no habia podido encontrar una esposa mas entusiasta i graciosa. Su naturaleza sombría necesitaba de la compañía constante de un espíritu opuesto al suyo, i la señora del Campo lo poseia.

En los salones del señor Montt, en su casa de la Galería de San Carlos, inmediata a la Plaza de Armas, por allá por los años de 1900 o 1906, época del brillante apojeio de la candidatura de Pedro, la señora del Campo fué el

alma de las reuniones que tenían lugar entonces en ellos. Mui pronto los admiradores del señor Montt se congraciaron con la habilidad i cultura de su esposa i la ayudaron con decidido entusiasmo en su obra de llevar al Poder a su marido.

En Palacio la actitud de esta señora tomó las formas de una gobernante i como era por su alta situacion la primera mujer de Chile, fué escuchada i temida. Su sombra estaba siempre en los Consejos de Gobierno i sus pensamientos i deseos, representados por esta sombra, tenían grande influencia en los negocios políticos.

Si las esposas de nuestros Majistrados fueron a su paso por la Moneda, señoras tranquilas, de hogar, de sociedad, la señora del Campo fué de otro carácter. Conocía íntimamente la política como la conocía su esposo i se opuso con rara enerjía a que los elementos que creía indignos de la confianza del Presidente estuvieran en Palacio. Así fué como calificó las virtudes de los Prelados de la Iglesia Chilena para concederles o no las altas dignidades de la Curia, la de los militares para dar-

les o no las altas dignidades del Ejército i las de los hombres públicos para que fuesen Secretarios de Estado, Embajadores i Ministros Plenipotenciarios.

Esta actitud de la señora del Campo, puesta en juego, segun su declaracion, en homenaje a su esposo, a quien amaba entrañablemente i al que queria aliviar de su carga tan dura, dió lugar a interminables comentarios, los que no pueden tildarse sino de callejeros, ya que la señora de Montt ejercitaba su influencia en beneficio del Estado, i fué tal el encono que algunos políticos profesaron a la egregia señora, que obligaron a Monseñor González Eyzaguirre, Arzobispo de Santiago, a salir en defensa de la ilustre dama, publicando en *La Union*, diario de la Curia chilena, una carta sentidísima i afectuosa en la que recomendaba guardar a la señora del Presidente todo el respeto i cariño que le debian los chilenos por su caridad i virtudes inagotables.

Se reprochó a la señora del Jefe de Estado el fausto de la vida de Palacio, su viaje a Buenos Aires en 1910, cuando se celebró en dicha capital el centenario de la independencia ar-

jentina, su benéfica intromision en los asuntos de Gobierno i la oposicion que se hizo en Julio del citado año 1910, cuando el señor Montt salia para Europa, al Ministro del Interior señor don Agustin Edwards para ejercer la Vicepresidencia, a quien correspondia de derecho este cargo. Pero estos reproches, tan injustificados como innobles, en nada dañaron la reputacion de la alta dama que se sacrificó bastante en el desempeño de una labor que no le correspondia, por ayudar a su esposo, ya envejecido i enfermo i cuya muerte estaba tan próxima. Su situacion tan espectable i su abnegacion, la pusieron a cubierto de los daños de la maledicencia.



VII

El señor Montt, venido al mundo en 1846, según su único biógrafo, don Pedro P. Figueroa, i en 1849, según el testamento del señor Presidente, ejecutado en Julio de 1910, encontrándose enfermo i próximo a partir para Europa en busca de salud para restablecerse con las aguas de Nahueim, en Alemania, nació ha-

llándose ocupado el Poder de la República por su ilustre padre don Manuel Montt. Nació, pues, como los Príncipes en Palacio i bajo la aureola de la Presidencia que ejercia el autor de sus días.

Es sabido que don Manuel Montt fué en su vida privada tan señor como lo fué en su vida pública i que trasmitió a su familia la espartana pureza de su alma con abnegacion de padre amantísimo i de majistrado que vela por la honra de sus conciudadanos, cuya educacion está confiada a su alta dignidad. Pedro, su hijo, bebió, como sus hermanos, en esta fuente de acrisoladas virtudes con verdadera ánsia.

El hogar del Presidente que nos gobernó desde 1851 a 1861, constituido por don Manuel Montt i por doña Rosario Montt, tuvo por base la probidad de la Colonia, la austeridad sin precedentes que caracterizó a nuestros abuelos, la honradez inmaculada que sirvió de fundamento a la educacion de la familia i a la organizacion de la República. Habria sido rarísimo que con ejemplos de civismo tan elevados, Pedro i sus hermanos no hubieran

alcanzado a ser lo que fueron: hombres eminentes, modelos de probidad i de cultura. El lujo de pureza que desarrollaron los jefes de aquel hogar dignísimo encantó doblemente a Pedro, quien se propuso imitarlo con verdadera maestría.

El ilustre jóven estudió con noble afán i obtuvo, merced a su empeño, una educacion mui superior, de la que participaban mui pocos de los que componian la juventud de su época. Su preparacion fué tan sólida, que al hablar sobre cualquiera ciencia avasallaba a su interlocutor. Con soltura, dignidad, convencimiento i modestia mui propios de un carácter elevado conversaba acerca de las ciencias i establecia con prolijidad el lazo de union que habia entre unas i otras. Conocia los filósofos antiguos i modernos, la Iglesia i las sectas cristianas, las relijiones del Oriente, la metafísica, la economía política, la jeodesia, la paleontología, la botánica, el frances, el ingles, el aleman, el latin, el griego i el hebreo i no crea el lector que de todo esto sabia el señor Montt medianamente, sino con perfecta claridad i

sostenia las discusiones a este respecto con admirable serenidad.

Era el señor Montt un hombre de iniciativa i ejecutivo al mismo tiempo; no gustaba como otros políticos de las obras hechas a media. Tenia un carácter resuelto, firme i honrado i desde su juventud no quiso jamas aceptar la baja alianza entre el bien i la maldad. El señor Montt poseia dominio propio, gusto por la responsabilidad, respeto de sí mismo, perseverancia, discrecion, memoria privilegiada, salud compatible con sus altas funciones i oponia a las fatigas la mas admirable resistencia.

Abogado eminentísimo, sólo tomó a su cargo los litijios prestigiosos, cuya justicia nadie ponia en duda, i desechaba todos aquellos cuya claridad era enigmática, aunque se encontraren favorecidos por las amplias alas de la ley. Conocia, finamente, nuestros Códigos i sus artículos los interpretaba con prolijidad de jurisconsulto honorable i bien preparado.

Hombre de memoria finísima, nada olvidaba. Todo lo tenia presente, de tal suerte que su secretario particular i los Secretarios de Estado se sentian poseidos de verdadero espanto

cuando el Presidente hacia mencion a las leyes llegando hasta precisar con admirable rapidez el número de sus incisos i a indicar los capítulos i las páginas en donde podian encontrarse las materias que se deseaba conocer.

Todas estas condiciones de carácter* i de criterio debian forzosamente colocarlo en una posicion mui superior, de tal manera que cuando entrase en la vida pública hiciese pública manifestacion de sabiduría.

No habia cumplido un cuarto de siglo de edad cuando el rico departamento de Ligua, el punto en donde estaban las heredades de su familia, le hizo su representante en la Cámara de Diputados. Desde el primer dia de su ingreso en la Representacion Parlamentaria llamó la atencion por su decidido entusiasmo por los negocios políticos. Su oratoria no podía despertar aplausos porque era, como su carácter, profundamente árida. No gustaba de las filigranas literarias, pero sus esposiciones descollaban por sus conocimientos del Derecho Constitucional, revelando cada vez que terciaba en los debates, que de dia en dia su saber político crecia pavorosamente.

Sus discursos eran clarísimos, i casi irrefutables por su magnífico asiento en la verdad. Pero no habia en ellos nada que deslumbrase. De modales cultos, pero sin el amaneramiento de los oradores elegantes i de alto tono, tenia, sin embargo, concepciones felices que hubieran podido provocar en las galerías un murmullo de aplauso, si de antemano no hubiésemos sabido que el señor Montt no gustaba de conmover al auditorio. Era su palabra tan medida i sobria como su carácter. En sus discursos solia entremezclar espresiones que dañaban la pureza del lenguaje. Tenemos a la vista algunos de ellos, entre los que figura el que pronunció en Valparaíso el 7 de Febrero de 1901, en el Salon de Patinar, convertido en sala de honor para ofrecer al señor Montt un gran banquete, a cuyos postres don Santiago Lyon Santa María i don Félix Bazán, caracterizados miembros de la sociedad del Puerto, debian proclamarlo candidato a la Presidencia de la República. El discurso del señor Montt, por medio del cual contesta i agradece el honor de la proclamacion, es interesante i pone de relieve la palabra de un estadista ilustre que

conoce las necesidades de los obreros i de las instituciones armadas; de la infancia desvalida; del erario nacional, etc., etc., pero no es un discurso que nos impresiona, porque su redaccion no parece hecha para encantarnos. Está escrito al correr de la pluma, pero de una pluma bien inspirada i mejor preparada. El señor Montt, refiriéndose a las necesidades de la marina i a sus glorias pasadas, dice mas o ménos así: *es un deber cuidar de ella a fin de que nuestras naves estén siempre con la bandera al tope.* En otro de sus discursos, refiriéndose a la desorganizacion administrativa, dice mas o ménos así: *el pais, está harto de descalabros.* ¿No ven claramente nuestros lectores que un discurso interesante pierde su brillo cuando se le entremezclan espresiones desprovistas de finura que comprometen seriamente la elegancia de la oratoria i la cultura del orador?

Bien podemos oponer a la palabra del señor Montt todas estas tachas (que en nada desvirtúan el fondo de sus razonamientos), pero jamas encontraremos en sus esposiciones la mas leve contradiccion con la verdad. Sus informaciones fueron siempre justas i estudiadas con

tranquilidad, a fin de suministrar luz intensa a los debates.

El señor Montt tenia tanta fe en su justicia personal, que casi no admitia refutaciones. Creia con sinceridad que sus juicios eran los mas acertados i que lo que él decia era como los dogmas de las relijiones. De ahí que en mas de una ocasion se le juzgara un hombre obstinado en demasía, que se oponia a oír consejos i reflexiones que pudieran hacerlo variar de procedimiento.

Gustaba mucho de los detalles triviales. Si bien es verdad que esto es una cualidad importante, por cuanto que sin ella no se cuida de la perfeccion de nuestras obras, tambien es cierto que no cuadraba a un hombre público tan eminente, engolfarse en pequeñeces que empañaban el brillo de su personalidad. Posiblemente que su espíritu de fiscalizacion lo arrastrara a ello. Se ha dicho con insistencia que durante el tiempo que ejerció las altas funciones de Presidente, se detenia con sus secretarios en el estudio prolijo de los decretos que ordenaban pagar cientos de pesos,

omitiendo esta fórmula en los que representaban sumas equivalentes a uno o dos millones.

Pedro, para poder hallarse al corriente en todo momento de los asuntos de Estado, mantenía relaciones estrechas con las mas altas autoridades administrativas del pais, tales como el Intendente Jeneral del Ejército, los Jefes de Zonas Militares, los comandantes de tropas, Directores del Tesoro, Ferrocarriles, Obras Públicas, Defensa Fiscal; jefes de las Oficinas de Estadística, del Trabajo, etc., etc., y cuando alguna provincia le hacia su mandante en el Congreso, la visitaba en toda su estension, sin privarse de conocer sus rincones mas apartados i sus parajes mas abruptos. Habiendo sido elegido Senador por Cautin poco tiempo ántes de su elevacion al Poder, visitó detenidamente el territorio de esta provincia. Cautin no es un campo llano ni se puede caminar por sus tierras sin experimentar crueles inquietudes. Hai dentro de ese territorio rios caudalosos, bandoleros temibles, quebradas peligrosas, bosques profundos i volcanes que agrietan a menudo la tierra; pero el señor Montt, que queria ser un mandante de la provincia en

toda forma, la recorrió sin escrúpulos en compañía de personas oriundas de la comarca, que le dieron informaciones de un valor inestimable. Por esta razón el legislador fué siempre al Congreso con detalles prácticos. Fué así como el señor Montt llegó a conocer las necesidades de la nación i fué de este modo cómo llegó a ser el parlamentario mas rico en informaciones verdaderas.

Con frecuencia se le tachó de oponerse a todos los proyectos de prosperidad nacional, asegurándose que lo hacia por espíritu de oposición. Pero creemos que los que así opinaban no demostraban razón alguna, porque las oposiciones del señor Montt estuvieron siempre reglamentadas por el derecho. Como legislador fué estricto partidario de la lei. Jamas consintió en que fuese violada, i todo proyecto, ántes de votarlo, lo discutia con enerjía de hombre estudioso, probando ante la Cámara los beneficios i daños que causaria al país si se le ponía en vijencia sin un exámen prolijo i desinteresado.

Su influencia política por esta causa fué decisiva durante los Gobiernos de Domingo San-

ta María i José Manuel Balmaceda, llegando en 1885 a ser presidente de la Cámara de Diputados. En esta época demostró conocer profundamente nuestra cuestion de límites con la República Arjentina, ya redimida, cuestion que tanto afligió a Chile desde 1842 hasta 1903 i en cuyo intervalo de tiempo hubo tantos protocolos, tratados, comisiones demarcadoras, notas de cancillerías que hacen difícil el estudio de tan complicado negocio internacional, como así manifestó conocer tambien perfectamente el negocio de la liquidacion de la segunda campaña del Pacífico i el tratado de Ancon, cuya discusion se hacia entónces con la serenidad, prudencia i patriotismo requeridos por tan grave asunto.

Su carrera ministerial comenzó en 1886, cuando Balmaceda subió a la Presidencia. Entónces formó parte del primer Ministerio de este Majistrado, que organizó don Eusebio Lillo, tomando la cartera de Justicia.

Se creó por esa misma época el Ministerio de Industria i Obras Públicas, i Pedro fué el primero que ocupó este cargo en su calidad de Ministro.

Cuando se organizó por don Ramon Donoso Vergara, en 1889, el Gabinete que duró sólo quince días, a causa de una sublevacion que hubo en la Escuela Naval, el señor Montt ocupó la cartera de Hacienda, cargo que conservó en el Gabinete que sucedió al anterior i que presidió don Mariano Sánchez Fontecilla.

Su participacion en la guerra civil de 1891 fué activísima. Por esta causa se separó del Presidente Balmaceda i se espatrió de Chile con el objeto de servir mejor la razon que defendia, yéndose al Perú, en donde el Presidente ya citado tenia como su Ministro al señor Anjel Custodio Vicuña. Desde la capital del Rimac pasó a Europa i luego despues a Washington como Ajente Diplomático del Gobierno revolucionario para tomar el carácter de Ministro Plenipotenciario en Noviembre de dicho año 1891.

A su regreso al pais volvió de nuevo al seno de la política i en Abril de 1893, bajo el Gobierno del señor Almirante Montt, organizó i presidió un Gabinete de Coalicion. En el desempeño de estas funciones sorprendiólo la campaña electoral de 1894 i algunas de las

tentativas que hicieron los caídos de 1891 para recuperar el Poder perdido. Su actitud fué hostil a las huestes vencidas, las que, no obstante las medidas rigurosas que se adoptaron contra ellas i el destierro que se les dió a Copiapó i a las provincias centrales, llegaron al Congreso, cumpliendo en todas sus partes el encargo del Presidente Balmaceda, hecho en su *Testamento Político*, de recoger la ensangrentada bandera caída en los campos de batalla de Concon i Placilla para darle en el nuevo Gobierno el puesto que le correspondía. La vuelta al Congreso de los vencidos en los combates citados fué inminente i el Ministerio de Coalición que presidía el señor Montt hubo de dimitir, quedando su Jefe, bajo los mas profundos odios de los balmacedistas.

Mucho se aconsejó al señor Montt que hiciera fusilar a los autores de los motines que pretendían cambiar la faz del Gobierno, pero el señor Montt contestó a aquellos: *el proceso de esos reos debe resolverlo el Poder Judicial de la Nación i no el Poder Político.*

Como había profundo interés en impedir la

vuelta al Congreso de los caídos, i habiendo los que tal interes tenian, puesto en el Ministro de lo Interior toda su confianza para alcanzar sus deseos, i no habiendo el Ministro podido corresponder íntegramente a esta esperanza, calificaron su actitud de fria i de poco enérgica. Posiblemente pidieron aquellos al Ministro una suma mayor de hostilidad, la que el señor Montt no pudo dar por varias razones, siendo una de ellas la falta de fundamento legal que habia para impedir el triunfo electoral de los balmacedistas, quienes eran ciudadanos como todos i las preocupaciones que agitaron su mente a propósito de su propio triunfo como diputado por Ligua que casi corrió el riesgo de perderse.

En estas graves emergencias el señor Gobernador de Ovalle puso al señor Montt un telegrama concebido así: *segun se presentan las cosas, triunfará como Diputado, don Julio Bañados Espinosa*, el que el Ministro de lo Interior contestó en esta otra forma: *Es un asunto que a Ud. no le concierne*. Esto causó profundo desagrado a los que le habian enco-

mendado oponer a los vencidos las trabas más vigorosas.

Penetrado el señor Montt de que la vuelta al Parlamento no se podía impedir, por cuanto los caídos en Concon i Placilla trabajaron en las urnas con una actividad asombrosa, al extremo de llevar al Congreso una representación no menor de veinte correligionarios, volvióse benévolo i asequible todo cuanto su temperamento rencoroso i exaltado se lo permitió. Ya en 1892, al discutirse la lei de amnistía, notáronse en él síntomas de prudencia i de perdon; las mayorías de las Cámaras sostenia la tésis de que los balmacedistas no debian ser amnistiados, sobre todo aquellos que tomaron parte en el combate naval de Caldera hundiendo al crucero *Blanco Encalada* el 23 de Abril de 1891. El señor Montt propuso que esa catástrofe fuera considerada como accion de guerra i que, por lo tanto, la lei de amnistía debia cubrir a sus autores.

En cada uno de los Ministerios que tuvo a su cargo el señor Montt dejó las huellas mas

profundas de trabajador irreprochable. Cuando desempeñó la cartera de Justicia e Instrucción Pública introdujo modificaciones de trascendencia. Impulsó la reforma del plan jeneral de enseñanza nacional, introduciendo nuevos sistemas i ordenando la creacion de institutos especiales.

Durante los Gobiernos del Almirante Montt i de Federico Errázuriz Echáurren mostróse decidido partidario de los Gabinetes de Coalicion, sistema repudiado por todos los elementos liberales del pais, siendo ésta una de las causas por qué se hizo a su Candidatura una oposicion sin precedentes.

Desde Abril de 1894, fecha en que fué reemplazado como Ministro de lo Interior por don Enrique Mac-Iver, el señor Montt no figuró en lo sucesivo en ninguno de los Ministerios que se organizaron despues del suyo. Su nombre se propuso en varias combinaciones, pero él no aceptó cartera alguna, no obstante de recibir del Presidente de la República el encargo de organizar Ministerios.

El señor Montt es en lo sucesivo Ministro sin cartera i cuida desde este cómodo puesto

de su candidatura i para afianzarla lleva en 1899 a la Presidencia del Gabinete al señor Elías Fernández Albano, una de las mas vigorosas personalidades del Partido Nacional i Director a la vez de la Caja Hipotecaria, quien estuvo en el Poder hasta la organizacion del Ministerio de Coalicion de don Mariano Sánchez Fontecilla, ocurrida en Noviembre de 1900.

Durante esta época hasta su elevacion a la Presidencia, el señor Montt i sus partidarios trabajan celosamente por el éxito de la candidatura, la que experimenta su primer fracaso en Junio de 1901 con la mayoría de Electores de Presidente que obtiene el señor Riesco el 25 de dicho mes. En el número de sus mas vigorosos adversarios se encuentran los balmacedistas, quienes, asociados a los liberales doctrinarios i radicales en oposicion a los monttvaristas i conservadores, adjudican el triunfo al competidor de Montt proclamado en la Gran Convencion Liberal de Marzo de aquel año, por la desinteresada insinuacion que hizo el eminente político señor don Claudio Vicuña, convencion aquella de mucho ruido, que pre-

sidió el distinguido jurisconsulto don Marcial Martínez.

Este triunfo fué del agrado del país, no obstante de que la personalidad del señor Riesco estaba bien léjos de compararse con la del señor Montt. El uno era solamente un distinguido abogado i el otro, un estadista de alto vuelo. Si causó agrado el éxito del señor Riesco, fué porque salió del seno de una Convencion Liberal que representaba el temperamento político del país i porque el señor Montt habia sido el alma de los gobiernos de coalicion que tanto repugnan a los chilenos. Pero en 1906 esos mismos elementos que lo desdeñaron trabajan por su éxito con valor i patriotismo. Reconocen en el señor Montt grandes virtudes i mediante la cooperacion de los liberales doctrinarios, nacionales, radicales i una parte del Partido Conservador, llega a la Moneda en 1906, e inicia sus funciones el 18 de Setiembre, derrotando victoriosamente en toda la línea de batalla a su competidor don Fernando Lazcano, concuñado del Presidente Riesco.

El triunfo del señor Montt produjo en casi

todos los ánimos un placer indescriptible. Se le llamó *El Regenerador*. Todos esperaron el favor de su justicia, el mejoramiento *del cambio*, la restitucion de los derechos violados, i la vuelta de las libertades restringidas por la oligarquía enseñoreada en el poder desde tantos años atras.

VIII

Cuando el señor Montt tomó posesion de Palacio para ejercer sus nuevas funciones, no contaba ya con la vigorosa salud de antaño. El corazon, ese órgano tan interesante de la vida, no le ayudaba como en los pasados tiempos i con frecuencia sentia las manifestaciones de su decadencia.

El Presidente sufría de endurecimiento en las arterias i aunque la ciencia médica le aconsejaba observar ciertos procedimientos que tenían a objeto combatir aquella dolencia maligna, el Majistrado no cuidaba de las prescripciones, porque comía con apetito encantador i trabajaba con envidiable actividad.

Habiendo emprendido un viaje al Norte del

pais con el fin de adelantar uno de los puntos de su programa, experimentó en el sector de Antofagasta a Gatico un percance en la vista, algo así como el desprendimiento de la retina de uno de sus ojos, que causó a sus acompañantes serias inquietudes.

El Presidente, por su parte, desdeñó este accidente que era una de las demostraciones del desarrollo de la arterio-esclerósis que lo llevó a la tumba en 1910, i una vez rehecho de la pequeña impresion, prosiguió su labor que no debía ser duradera en razon del espantoso terremoto que arruinó a Valparaiso, el que lo obligó a volver al Sur, llevando aliento i proteccion a sus conciudadanos perjudicados con tan horroroso cataclismo.

Dados los años del Presidente, quien estaba próximo a cumplir los 57 de edad, i su profunda aversion hácia el reposo, la enfermedad debía seguir su curso rápidamente. Pero Su Excelencia oponia constantemente a ésta un dique formidable: su voluntad de hierro i los restos de una complexion de atleta. Así pudo defenderse de los estragos de aquella impertinente i gravísima dolencia que lo ago-

bió intensamente por todo el tiempo que duraron sus elevadas funciones de Director Supremo.

El señor Montt penetraba en el gabinete de la Presidencia desde mui temprano. Es mui posible que entre seis i siete de la mañana estuviese ya instalado frente a su mesa de trabajo estudiando solo o en compañía de Ministros de Estado, subsecretarios i altos funcionarios públicos, los asuntos de interes nacional. Sólo dejaba la sala de la Presidencia para llenar sus deberes con el protocolo, la mesa, el sueño, la sociedad i el hogar, a los que dedicaba brevísimo tiempo porque el trabajo era un talismán que lo atraía poderosamente, arrancándolo de los encantos de Palacio.

Durante la mañana solia desprenderse de sus problemas i en compañía del Jefe de la II Division, general don Fidel Urrutia, Consejero de Estado durante su Gobierno, recorria el paseo de las Delicias e iba a visitar los trabajos públicos, tarea que le encantaba, i conversaba sobre la marcha de las obras con los que las tenian a su cargo. Cuando se cons-

truía la cúpula del Teatro Municipal i se dijo que amenazaba derrumbarse, fué al coliseo con el fin de imponerse del estado de la obra i evitar la consumacion de la anunciada catástrofe. En presencia de los trabajos, investigó celosamente si era efectivo que ofrecia peligros la construccion de la citada cúpula i no se retiró de allí hasta que no se le dieron las mas satisfactorias esplicaciones. I no crean nuestros lectores que el señor Montt gustaba sólo de visitar lo que se hacia en Santiago, sino que tambien lo que se ejecutaba en provincias.

Muchos de sus viajes emprendidos al interior de la República por prescripcion médica, se vió precisado a convertirlos en jiras presidenciales para saber lo que en aquellos pueblos lejanos ocurría i la manera cómo se cumplian los contratos sobre alcantarillado, ferrocarriles, puentes, diques, túneles, etc. En 1910 fué a Coronel con el fin de reposar un poco de las tareas de Gobierno en medio de los encantos de la vejetacion de los pueblos meridionales i de las maravillas del Parque de Lota, i alterando la órden del doctor se fué a

Valdivia, Temuco i otras ciudades que lo agasajaron finamente, en donde se impuso de la marcha de los negocios *provinciales* con celo de gobernante austero i patriota. Naturalmente que estas distracciones endulzaban el abatido ánimo del Presidente enfermo, pero no aminoraban su mal, por cuanto todo lo queria saber i calcular. Cuando estuvo en Temuco conoció de aquel proceso infinito, espantoso, colosal e interminable de la Colonizacion en el que los araucanos aparecen robados i asesinados escandalosamente por los colonos civilizados, cuestion ésta que dió origen, como en épocas pasadas, a poco de haber ocurrido la visita del Jefe de Estado, a una riña horrible, superior a las anteriores por la enorme mortandad que hubo, cuyo teatro principal fué Loncoche i en la que dejaron su vida en medio de espantosas mutilaciones, numerosos indíjenas, carabineros i colonos extranjeros i del pais.

La restauracion de Valparaiso puede decirse que fué casi toda dirigida por el Presidente, para lo cual hizo frecuentes viajes a dicho puerto. La oficina especial de Obras

Públicas que en aquella ciudad se abrió por iniciativa del señor Montt, no dió paso alguno sin consultar ántes la elevadísima opinion del majistrado. Él dispuso con los ingenieros i la *Comision de Hombres Buenos* la forma cómo debia reconstruirse el barrio del Almendral, que fué el que mas daños sufrió el dia del espantoso cataclismo de Agosto de 1906.

Intervino también jentil i caritativamente en la distribucion de los tres millones erogados por las Colonias Extranjeras i en la de los diez u once millones de pesos votados por el Congreso Nacional para víveres, socorros en jeneral, restauracion de edificios fiscales i reorganizacion de servicios públicos, i apoyó calurosamente la idea de destinar 300 mil pesos para la fundacion de un Asilo para Viudas i Huérfanos en Valparaiso que sirviera para todos aquellos seres convertidos a ese estado durante la aciaga noche del espantoso terremoto. El señor Montt manifestó enérgicamente que su deseo mas íntimo era de que los dineros concedidos por el Estado i por particulares fueran distribuidos con toda equidad i que se despejase cuanto ántes el campo de

los jectores administrativos que ya se habian puesto en campaña para confundirse con los damnificados.

No hai memoria de que ninguno de los viajes emprendidos por Su Excelencia hayan sido inspirados por sentimientos de orgullo i vanidad. Jamas fué hácia las dilatadas rejiones de la República a exhibir únicamente su figura presidencial. Marchó a todas partes guiado por el noble deseo de conocer la manera de vivir de sus conciudadanos alejados de los grandes centros de cultura i la forma en que se implantaban las obras de adelanto como: alcantarillado, habitaciones hijiénicas, alumbrado, agua potable, etc. Fué a Punta Arenas, Tierra del Fuego, Corral, costas de Llanquihue i conversó con las autoridades con la mayor sinceridad, pidiéndoles detalles del comercio, fábricas i de sus necesidades mas urgentes para remediarlas a su regreso a Palacio.

En 1909, durante la Semana Santa, se dirijió a Iquique, en donde era esperado desde el principio de su Gobierno. El señor Montt estaba deseoso de emprender esa jornada. Ha-

bia en la rejion del salitre mucho que interesaba conocer al Jefe de Estado, sobre todo el problema obrero, las diverjencias entre señores i operarios, cuestion ésta que dió oríjen en Diciembre de 1909 a una matanza horrosa, sin precedentes en la historia de nuestros tiempos de paz i de progreso, mortandad repugnante, ejecutada con ametralladoras de buques de guerra, que habria encantado a Enrique VIII de Inglaterra, el asesino de 72 mil de sus súbditos, i a Catalina de Médicis, la vil heroina de la San Bartolomé.

En Iquique, no obstante de hallarse fresco el recuerdo de aquellos asesinatos horrorosos que tocó presenciar al que este libro escribe, i que cubrirán siempre de luto la Presidencia del Excmo. señor Montt, el Majistrado fué bien recibido por la parte mas selecta de la sociedad, la que no cesó de brindar al Presidente los homenajes de respeto mas delicados. El Intendente señor Luis Aldunate Echeverría i el Jefe de la Division Militar Jeneral Alberto Gormaz Araos, contribuyeron al esplendor de la recepcion en grado eminente. Pero el pueblo, esa parte de la Democracia herida pro-

fundamente en la aciaga jornada del 19 de Diciembre de 1907, no vivó al señor Montt. Hubo *vivas*, en verdad, que talvez atronaron el espacio, pero fueron ovaciones salidas de pechos i de gargantas asalariadas. Eso no se ocultó a la penetracion del Jefe de Estado; su amplio criterio i su natural sin inflaciones de vanidad le revelaron el secreto i se cubrió de pesar.

En las Oficinas Salitreras el señor Montt fué tambien espléndidamente recibido. Con interes escuchó cuanto se le dijo acerca de la industria del nitrato i de las exigencias de los obreros. Pero el señor Montt, por su alta dignidad i noble posicion, no estuvo en contacto con aquellos que le hubieran contado la verdad de todo. Su trato fué absorbido por los opulentos señores de la Pampa, entre los que los hai mui hábiles e ingeniosos que jamas encontrarán justificadas las luchas entre el patron i el proletario. Quedó, pues, en el ánimo de Su Excelencia la impresion de que los sucesos ocurridos en 1907 habian sido originados por la intromision de jentes de espíritu maligno en el elemento obrero i no por las

razones que éste alega desde tiempos ya muy lejanos en contra de la tiranía de los salitreros.

VIII

No habríamos hecho referencia a los dolorosos sucesos de Iquique si aquellos acontecimientos sangrientos no estuvieran íntimamente ligados a la Presidencia del señor Montt. Lo que pasó en aquella capital en 1907, no obstante el estupor de los hombres de paz, es corriente en los Gobiernos de la América del Sur; no son, pues, cosas que pasaron durante la Edad Media ni que se han desarrollado solamente entre las tribus de Asia i de Africa, ni en los *felices* tiempos en que para cumplir las leyes de los carlovinjios i merovinjios se cortaban las manos, las orejas, la lengua, la nariz i los labios para indemnizar a un ciudadano de cualquiera ofensa recibida de aquellos que experimentaban las citadas mutilaciones. Así lo comprendió el Gabinete presidido por el distinguido liberal nacional señor don Rafael Sotomayor, que dispuso las sangrientas represalias de Iquique.

El señor Montt fué siempre mui respetuoso del principio de autoridad, de tal suerte que no desdeñó jamas las informaciones de aquellos que sustentaban en las provincias i pueblos una autoridad en su nombre. El presidente debia, pues, oir a los representantes del Poder Ejecutivo sin escrúpulos i sin tomarles en cuenta su ignorancia o mala fe.

En aquellos momentos espantosos de la carnicería de 1907, Iquique no tenia Intendente en propiedad; el señor don Cárlos Eastman Quiroga, que ejercia tales funciones desde 1906, se encontraba con licencia en Santiago i haciendo al mismo tiempo activísimas jestionnes para retirarse a la vida privada para cuidar de sus cuantiosos intereses i desprenderse de aquellas intrigas políticas que cierto partido opuesto al suyo formaron alrededor de su autoridad. El señor Eastman fué en Iquique lo que en todas partes: un cumplido caballero, un hombre de sociedad, de mui buen sentido, delicado, justiciero i bènévolo como corresponde a un ciudadano de espléndida posicion i de hermoso linaje. Pero no conocia el problema salitrero, ni tuvo tiempo tampoco

por su breve estada de estudiar, las relaciones entre el patron i el obrero. Por otra parte el señor Eastman estaba íntimamente ligado por lazos de delicada amistad a casi todos los grandes propietarios de oficinas, los que durante su estada en Iquique le rindieron homenajes de cultura i respeto como lo merecia el señor Eastman, quien, como ya lo he dado a entender, fué un ciudadano intachable.

De modo, pues, que el Intendente debia dar al Presidente de la República informaciones un poco erróneas, casi todas ellas fundadas en lo que los salitreros defendian, esto es, desconociendo absolutamente las justas peticiones de los operarios.

¿Qué pedian los obreros?

Pedian, entre otras cosas, que el pago de sus jornales se hiciera al tipo de 12 d; que les fuese levantada la prohibicion de comprar sus mercaderías en las tiendas de las oficinas en donde servian, dejándolos en libertad de efectuar sus requisiciones en la pulpería que le fuese mas agradable i ventajosa; que los propietarios de salitres hiciesen cerrar con rejas de fierro los cachuchos i chulladores, a fin de

impedir la dolorosa caída de los obreros a los fondos hirvientes, (en donde perecen irremisiblemente en medio de espantosos sufrimientos para formar sus restos, despues de ser torturados prolijamente por las maquinarias, parte de las materias elaboradas para abono de las tierras), i que cada oficina colocara en la parte de afuera de la mesa de venta una balanza para comprobar la exactitud del peso de la mercadería adquirida.

Lo que pedian no podia ser mas justo i, sin embargo, los patrones, en su mayoría, no les encontraban razon i por eso fué que aquellos se declararon en huelga i acordaron en comicio descender la pampa para imponer al Intendente accidental, señor Julio Guzman García, secretario del señor Eastman, de lo que deseaban.

El Gabinete que entónces presidia el Gobierno de la Moneda era afecto a los salitreros i hacia mui poco que habia acordado efectuar un préstamo inconstitucional a la poderosa Casa Granja, la que en 1910 debia ya al Fisco 160 mil libras. La poderosa corriente favorable a la Oficina salitrera ya mencionada, in-

fluyó en el ánimo del Presidente para que el Estado la ayudase con sus rentas, so pena de correr, según los influyentes, el peligro *de que el país se quedase sin salitre i de que en Antofagasta se produjesen espantosas conmociones populares.*

Estas mismas influencias, no hai duda alguna que se hicieron valer ante Su Excelencia durante la huelga de 1907 i decidieron al Jefe de Estado a adoptar las medidas represivas que ensangrentaron el suelo de Iquique.

El Gobierno, en vista de los alarmantes caracteres de la sublevacion de operarios, decidió nombrar una comision para que arreglase los asuntos. Esta fué presidida por Eastman, la que aceptó mui a su pesar, porque no era su ánimo volver a Iquique.

Marchóse el Intendente a bordo del *Zenteno*, en compañía del jeneral Roberto Silva i del coronel Ledesma Fajan. A su llegada, la comision conferenció, en la cubierta de la nave de guerra, con abogados salitreros i personas afectas a los explotadores del nitrato, los cuales, sabedores del manejo del asunto, dieron a los delegados del Gobierno informaciones no

mui honradas, por cuya causa dudamos de que la comision se haya ajustado estrictamente a los propósitos del señor Montt, majistrado éste, que tomó, por la cuestion, todo el interes de un gobernante celoso de su alta autoridad, al punto de establecer una comunicacion constante por la vía del telégrafo entre su palacio i la capital de Iquique, con el objeto de esquivar el cuerpo a las sangrientas represalias que le indicaba adoptar el artículo 128 del Código Penal.

La comision del Gobierno estableció su oficina en la Intendencia, en la calle de Baquedano, i allí recibió a la delegacion obrera la que puso en manos del señor Eastman el pliego de reclamaciones, el que fué estudiado con el presidente de la Asociacion Salitrera. Las peticiones no convenian a los poderosos industriales del nitrato, por cuya causa éstos, i valiéndose de ingeniosas maquinaciones, turbaron el criterio sereno i justo de los delegados del Presidente de la República e hicieron imposible un acuerdo entre las dos comisiones.

Los amotinados habian recibido, en sublevaciones análogas, promesas de bienestar, mui

halagadoras, que jamas se cumplieron, ni en la forma ni en el fondo, subsistiendo siempre en las oficinas el estado de opresion que determinó el movimiento de 1907.

Cuando ocurrió el levantamiento, a que nos venimos refiriendo, hacia pocos meses a que se habia aprobado en el Canadá una lei sobre huelgas, la que el señor Montt quiso conocer íntegramente, pero ella llegó tarde a sus manos; sin embargo, de esta demora, puede decirse que la forma en que se procedió tenia semejanzas con la indicada en la citada lei canadiense.

Imposible de avenirse las delegaciones, el Intendente, señor Eastman, impartió el jeneral Silva las órdenes necesarias para que hiciese volver a los operarios sublevados, hácia la Pampa, pudiendo el citado jeneral usar de medidas violentas en caso de resistencia. El señor Eastman tomó esta resolucion, previo el consentimiento del Excmo. señor Montt i de todo el Gabinete, que en esos momentos acompañaba a éste en sus tareas de gobierno.

Llevada a efecto la resistencia por parte de los obreros, el jeneral Silva, despues de acon-

sejar a los operarios varias veces, sin ser oído, de que se fuesen tranquilamente a las oficinas donde trabajaban, ordenó a sus oficiales que sofocasen el movimiento con tiros de ametralladoras, lo que dió origen a una mortandad horrorosa, no tanto por la cantidad de los caídos como por la naturaleza de la muerte de aquellos infelices.

El número de los revoltosos no era inferior a 10,000, de tal suerte que deben de haber caído en la batalla algunos cientos de hombres i si las bajas de operarios no fueron mayores fué debido a que en lo mejor de la refriega flameó una banderola blanca que hizo cesar el fuego que dirijia el jeneral Roberto Silva. La bandera equivalia a una señal de rendicion i ésta evitó mayores desastres.

Nadie pudo contar el número de los caídos, porque inmediatamente penetraron a la plaza *Manuel Montt* las carretelas del servicio de policía, cuyos conductores arrojaban al interior de aquellos vehículos los muertos, los agonizantes i los heridos leves, para llevarlos apresuradamente a la fosa común en medio de gri-

tos desgarradores, de convulsiones espantosas i de quejidos reprimidos.

El que este libro ha escrito, presenció aquellos cuadros repugnantes que desgarran el alma.

La tarde del 19 de Diciembre de 1907, hora en que se dió lugar a las represalias, estaba hermosa. En el cielo habia lindos arreboles; pero en el teatro de los sucesos habia una nube de polvo mui densa que oscurecia el espacio: causadas por el humo de las balas i el polvo que levantaban los carreteleros, los sacerdotes que afanosamente bendecian a los moribundos i recibian los últimos descargos de sus conciencias; i *las caidas* i *contorsiones* que hacian los hombres mutilados. Los heridos, lanzando en partículas, por la boca, los intestinos, sujetando al desgarrado cuerpo los brazos i piernas arrancados por la accion de las balas, luchaban tristemente con los ladrones de relojes, anillos, cadenas i carteras i con los sepultureros que tenian órden de llevarlos, aun con ese resto de vida, a la huesa comun, no sin haberse ántes apoderado de sus ensangrentadas vestiduras i de los zapatos, los que remenda-

ban a la vuelta a los hogares, dando a los puercos i a los perros de su casa los fragmentos de pies i de carne humana que se hallaban adheridos a esas especies.

Esta actitud del Gobierno, como se comprenderá, provocó en el Congreso ruidosas protestas, que el Ministerio trató de acallar de mil maneras. *La Epoca*, diario de entónces i defensor ardiente de los intereses de los obreros, fué clausurada, consumando con esto el Gobierno de la Moneda un ataque contra la libertad de imprenta, cual si nos encontráramos bajo el dominio de uno de aquellos reinos sin Constitucion i sin respeto por las mas elementales libertades.

Naturalmente que despues de estos hechos Su Excelencia sintió el deseo mas vivo de estudiar personalmente el problema de las salitreras i de hacer fácil i agradable la vida de aquellas 50,000 almas que vivian al abrigo de la industria del nitrato en las diversas oficinas de las dos provincias del Norte, en donde se elabora esta sustancia, i proyectó para el verano del año 1908, el viaje en perspectiva desde su llegada al poder, el cual no lo llevó a efec-

to sino en 1909, durante el feriado de *Semana Santa*, estando ya abatido, enfermo i próximo a descender al sepulcro. Por esta razon, su estudio no pudo ser mui fuerte. Sobre su mesa de trabajo encontráronse siempre aquellas célebres memorias presentadas por las numerosas comisiones que nuestros gobiernos han nombrado para estudiar el problema social de Tarapacá, siendo mui de su agrado las de última data. Las citadas memorias pudieron hacer ver fácilmente a Su Excelencia la seriedad del estudio, lo complejo del negocio i las dificultades con que todo gobierno ha escollado al pretender solucionarlas. Con el fin de comprender mejor aquel asunto, tuvo en diferentes ocasiones de su Presidencia, interesantes entrevistas con acaudalados pampinos, los que, como ya lo hemos espresado, no se encontraban en situacion de informar honradamente a Su Excelencia porque herian sus propios intereses, los que, como a todos consta, se procrean a merced de la vida miserable de sus operarios.

IX

Fué tambien preocupacion constante del Excmo. señor Montt el estudio de la colonizacion, negocio que, a su juicio, se presentaba mas í mas claro fresco que el anterior, no obstante de ser cuestion difícilísima que ha arrebatado en mas de una ocasion el sueño a nuestros jefes de Estado. Sin embargo de presentársele en forma tan suave no pudo remediarlo. En compañía del Ministro del ramo, estudió varias veces este delicado problema; pero todo sacrificio fué infructuoso. El señor Montt conocia profundamente la interesantísima memoria que elaboró aquella Comision Parlamentaria que se trasladó al sur para estudiar en las regiones en donde se coloniza, en todos sus aspectos el negocio de nuestra referencia, memoria que, a nuestro juicio, vale infinitamente, porque ella contiene esplicaciones clarísimas acerca de la constitucion de la propiedad i de la radicacion definitiva de los araucanos. El Senado i la Cámara de Diputados discutieron ampliamente todos los puntos indicados por

la Comision Parlamentaria, como dignos de reforma y las medidas aconsejadas por la misma para sanear la colonizacion. Pero todo ha quedado en silencio y en olvido porque los que tienen interes en despojar a los araucanos de sus propiedades para ensanchar sus dominios o para apoderarse lisa i llanamente de lo que el Estado a obsequiado a los descendientes de nuestros aboríjenes, han hecho jestioness activísimas para que las reformas que deban de implantarse no se lleven a la práctica.

El Presidente recibió en su palacio, en mas de una ocasion, a comisiones de reclamantes araucanos, las que lo informaron acerca de la manera cómo se les arrebataban sus propiedades.

Se ha hecho tan difícil este asunto, que ya casi no se sabe qué terrenos pertenecen al Estado i cuáles a particulares. El laberinto es espantoso i estamos ciertos de que no hallaremos en Chile un hombre capaz de poner al día los títulos de los propietarios de las tierras como manda la lei, porque ha habido tantas incorrecciones.

X

Pero estos problemas nacionales no arrebataron tanto la tranquilidad al señor Montt como aquel de Tacna i Arica, el cual pensó, en mas de una ocasion, dar por resuelto, sirviéndose de la distribucion del territorio disputado entre Chile i el Perú. La imposible division de las cautivas, fué frecuentemente acariciada por él como única manera de poner fin al conflicto i creemos que la habria llevado a la práctica si la opinion nacional no se hubiera manifestado tan contraria a esa reparticion.

El Presidente conocia bien nuestro litijio i nada de él le era nuevo. Habia estudiado en su calidad de simple político los varios protocolos ajustados entre nuestro pais i el del Norte, de tal suerte que podia opinar i discutir sobre él con absoluta claridad i, por lo tanto, tenia el orgullo de querer finiquitarlo. Bajo estos nobles auspicios dirijió en persona su política internacional, la que, como ya hemos espresado, removiό todos los litijios de fron-

teras o de otro jénero que los países sudamericanos tenian pendientes entre sí.

Al mismo tiempo que nuestra Diplomacia conducia por la vía que le estaba trazada las negociaciones, el Presidente pensaba en la chilenizacion de las provincias, materia de litijio i a ello se debió, por una parte, el envío de numerosas tropas a Tacna que no han dado el fruto apetecido.

Se indicaron a Su Excelencia diversas maneras de cumplir con aquel viejo deseo de nuestros gobiernos; se llamó a palacio al Intendente señor Máximo R. Lira i a otros antiguos funcionarios de Tacna para consultarlos sobre la mejor manera de chilenizar aquella tierra, con el objeto de que cuando tuviese lugar el plebiscito de que habla el tratado de Ancon encontrase a las provincias disputadas con bastantes chilenos i se llegó, en la Moneda, a la conclusion de que era preciso radicar en Tacna servicios públicos mas dilatados i mejor remunerados, i dar oríjen a la Representacion Parlamentaria, punto este último que jamas se ha llevado a la práctica. Como estos consejos emanaban de autoridades que tenian sus inte-

reses, de todo jénero, en Tacna, ninguna de ellas propuso a Su Excelencia el plan de quitar de allí, todo lo que hoi se ha quitado i que en otro tiempo le dió vida i prestigio como: la Corte de Apelaciones, las tropas, etc.

El viejo litijio del Perú, durante el gobierno del señor Montt, tomó, como jamas habia sucedido un jiro alarmante i fué entónces cuando la América del Sur entera entró en conmocion haciendo revivir viejos espedientes de olvidadas querellas. Fué durante el curso de aquel memorable debate en donde se pudo apreciar de lo que eran capaces el propio Presidente i su Ministro de Relaciones Exteriores, i en donde se vió claramente el lazo de union que existia entre el Perú i ciertas repúblicas del continente latino i la ayuda tan favorable que éstas le prestarian en caso de un conflicto armado con nuestro pais.

Gobernaba entónces en el Perú don Augusto B. Leguía i Salcedo, quien manifestó durante toda su administracion viva repulsion a Chile, repulsion que compartia con su Ministro de Relaciones, señor don Meliton F. Porras.

Fué durante el Gobierno de ámbos cuando

ocurrió aquel bullado asunto de *la Corona*, que puso fin a la representacion Diplomática de don José Miguel Echenique Gandarillas i dió oríjen a la de don José Francisco Vergara Donoso, cuestiones ya tratadas por mí en el libro sobre la Presidencia de don Ramon Barros Luco.

En el curso del debate plebiscitario los curas peruanos, queriendo atacar los proyectos del señor Montt de chilenizar a Tacna i a Arica, dirijieron desde el púlpito violentas arengas en contra de Chile, lo que dió motivos al Presidente señor Montt para espulsar a los señores curas de las provincias litijiosas i al Perú para redoblar su encono en contra nuestra. Fué tan intensa la contrariedad que en Lima sólo se hablaba de guerra, movilizaciones militares, ultimatum, i la prensa rejistraba frecuentemente artículos furibundos insultando nuestra dignidad.

Con este motivo el Perú retiró su representacion diplomática de Santiago el 19 de Marzo de 1910, quedando en consecuencia, quebrantadas nuestras relaciones hasta la hora presente, pues desde aquella fecha no ha habido Legacion en Santiago ni en Lima.

Como se ha visto ya, el Excmo. señor Montt, quien dirijió personalmente la política diplomática, no tuvo la gloriosa satisfaccion de solucionar un negocio internacional que conocia a fondo i que creyó finiquitar en los comienzos de su gobierno; tuvo sí, la dolorosa desgracia de ahondar mas nuestra division, no porque él lo quisiera así sino por la direccion que se dió a la negociacion por ambas partes.

Muchos políticos chilenos i peruanos que miran las cuestiones internacionales con prudencia, lamentaron estos incidentes por cuanto que con ellos ambos paises se retraen de una amistad saludable a su soberanía la que permitiria a los dos acrecentar su progreso comercial en forma admirable. Un intercambio de productos es indispensable a ambos paises i esto unido a ventajas de otro jénero dijo un político chileno en 1909, vale mucho mas que los territorios disputados.

En los primeros dias de Marzo de 1910, la Cancillería chilena envió a la peruana por medio de su Ministro en Santiago, una interesante nota relacionada con las bases del plebiscito, en la que Chile hacia lujo de dignidad,

de prudencia, i de sanas i elevadas intenciones ante sus compromisos del Tratado de Ancon, una nota, en suma de repercusion continental por la claridad de la esposicion i la brillante defensa de sus derechos de nacion soberana.

Esta nota llamada a ser leida i acogida por la parte a quien iba dirijida con el respeto i la hidalguía que han honrado sus tradiciones gloriosas, fué recibida por el Perú con extremada frialdad, haciendo su prensa los mas apasionados juicios.

Este modo de apreciar los solemnes razonamientos de los chilenos, indujo a la nacion peruana a retirar de Santiago su representacion diplomática haciendo aparecer a Chile como un enemigo innoble i un pais que pone trabas inaceptables a la realizacion de un bien que ha de dar la felicidad a los peruanos.

Los ánimos de uno i otro pueblo agriáronse profundamente, i se llegó a hablar de guerra con estremada nerviosidad. Para suavizar las asperezas, fué menester la intervencion de los Excmos. señores Ministros de Arjentina i Brasil: Lorenzo Anadon i Alfredo de Gómez Fe-

rreira, respectivamente, quienes en nombre de sus países trabajaron jenerosa i empeñosamente por alejar del ambiente la belicosa espression: *guerra*.

Miéntras el Excmo. señor Presidente de Chile trataba de solucionar la cuestion de Tacna, nació de su mente la idea de crear el Vicariato Castrense para las provincias cautivas i de todo nuestro Ejército, a semejanza del que existe en algunas naciones de nuestro continente, i espulsó, por sediciosos, a los sacerdotes peruanos radicados en las capitales de los territorios disputados. Como es de suponer, esto retrajo a los peruanos de dar un buen jiro a las negociaciones, aunque bien sabido es que en aquel tiempo todo arreglo propuesto por Chile era infructuoso, siempre que dentro de él no fuese envuelta la entrega absoluta de las cautivas.

La exacerbacion de los ánimos llegó hasta lo increíble. El continente entero se revolucio-
nó i la prensa de Europa comentó los acontecimientos en la medida de sus afectos, de sus tratados comerciales i de todo aquello que

puede servir de pedestal a la solidaridad o al desden.

Nada se dejó en aquel entónces por hacer en pro de las odiosidades. Del Ministerio de Relaciones de Chile sustrajéronse documentos secretos que fueron al Perú *guardados por nuestra Cancillería con tanta solemnidad i tanto celo*, que la llave de la cerradura fué hallada en poder de una mujer de *celdas prostibularias* de la ciudad de Temuco, la que espresó que le habia sido entregada por un señor Navarrete, empleado de la Seccion Confidencial, colocado allí en pago de bajos servicios electorales, por uno de nuestros Cancilleres; en el Ecuador, grande i leal amigo de Chile, fué exhumado un espediente de fronteras Perú-ecuatorianas, exhumacion que encendió en Quito todas las odiosidades mas formidables en contra del Perú i redobló ardientemente el afecto hácia Chile. El escudo de las Legaciones i Consulados de ámbas naciones i las banderas respectivas fueron ultrajados i despedazados por la ira de los populachos de Lima i capitales ecuatorianas, lo que decidió a ámbas naciones a movilizar sus tropas, llamar al pue-

blo a las filas, contratar empréstitos, adquirir naves, municiones i rifles, i asegurarse las simpatías i el ausilio de Norte América. Fué aquello una ajitacion espantosa, que trajo para el mundo de Colon dias de inquietudes nunca vistas.

Felizmente, todo pasó: ni Chile, ni Ecuador, ni Perú fueron a la guerra. La espléndida ayuda de las Cancillerías servidas por hombres de espíritu práctico i jeneroso, entre los que se contaba el señor baron de Rio Branco, canciller del Brasil, de celebridad mundial, ahogó el grito de: *guerra*, i trajo la paz a este mundo no preparado todavía para una conflagracion semejante a la que hoi despedaza a Europa.

Chile i el Perú dejaron todo en silencio, i el Ecuador i el Perú sometieron sus diferencias al arbitraje de S. M. el Rei de España.

La Cancillería de los Estados Unidos fué tambien discreta i jenerosa.

XI

No obstante de haberse dado este rumbo a la política internacional, el Excmo. Presi-

dente de Chile, señor Montt, no deseaba la guerra. El derramamiento de sangre en una lucha con nuestros vecinos, le causaba repulsion porque consideraba, con criterio mui sereno, que las ventajas de la victoria, (si es que la habia para Chile), no eran superiores para remediar los trastornos de una guerra. En mas de una ocasion le oímos referir los diversos triunfos alcanzados por naciones sud-americanas, los cuales no habian compensado los enormes sacrificios hechos desde tiempos remotos en beneficio de su soberanía.

Por ello fué que despreció hasta lo increíble, la paz armada. Durante su presidencia, nuestro Ejército i Marina fueron descuidados en forma rara. Miéntras nuestros vecinos progresaban en este sentido, Chile retrocedia; naturalmente que este estado deprimente de nuestras instituciones armadas no tenia otra excusa que la falta de prevision del Excmo. señor Presidente i esta negligencia no tenia otro fundamento que la razon que asistia al jefe de Estado de que la guerra era una cuestion mui remota.

Pero, sea como sea, nuestros gobiernos tie-

nen el deber imprescindible de cuidar de nuestras instituciones de hierro i mayormente en las circunstancias tan críticas, como aquellas en que nos encontramos durante la presidencia del señor Montt, en las que estuvimos en peligro inminente de entrar en batalla con el vecino del Norte, quien se encontraba, en aquel entónces, magníficamente preparado con suntuosas baterías i espléndidos pertrechos.

Para representar, a nuestros lectores, en forma elocuente, la naturaleza del olvido que se hizo durante aquel gobierno, citaremos los hechos siguientes: la marina permaneció sin proteccion alguna; abandonada en forma tal, que la *gritería popular* pidió desesperadamente se renovase su material, se encargasen naves de guerra de tipo nuevo a Inglaterra, se alejase al almirante Montt de la Direccion de la Armada, se distribuyeran los altos comandos entre los marinos mas hábiles e instruidos.

En el Ejército la pólvora no fué renovada como tampoco los rifles i las cuarenta baterías de artillería pedidas por altas opiniones militares, como indispensables para el buen pie de las tropas, fueron rebajadas a doce i estas

doce motivaron un escándalo militar sin precedentes en los anales de la historia cuando arribaron al país, que comprometió la dignidad i la reputación técnica de oficiales jenerales i subalternos; los soldados carecían de gorras, casacas, pantalones, botas, capotes, marmitas, cantimploras, mochilas, frazadas i mantas, siendo necesario al Gobierno encargarse a Europa, en el mes de Julio de 1910, especies de vestuario i equipo para poder presentar, durante las fiestas del Centenario Nacional, una revista militar de 9,000 hombres.

En el servicio de Intendencia Jeneral, las cosas no anduvieron mejores. El rancho de las tropas abastecidas por la oficina respectiva, era de pésima calidad como lo eran también las especies forrajeras con que alimentaban la caballería. Los dineros del Presupuesto de Guerra para este objeto, se invertían vergonzosamente i las compras i contratos, estaban en manos de empleados sin talento, sin dignidad, sin honradez, i sin patriotismo, lo que el actual Gobierno del Excmo. señor Sanfuentes ha salvado, lanzando a la calle a los viles usurpadores de los dineros del Estado i ha-

ciendo que se cumplan, en todas sus partes, las leyes i reglamentos sobre Intendencias Militares i dando la direccion del Departamento Administrativo al distinguido i probo Jeneral Altamirano.

Por lo espuesto se deduce que nos encontrábamos en situacion desesperante para la guerra durante aquella Presidencia i el Excmo. señor Montt tenia sobrada razon al no querer un conflicto armado para su patria.

Esta desidia le fué representada varias veces al Poder Ejecutivo por aquella parte del Cuerpo Lejislativo que tiene hondo patriotismo i gran nocion de sus deberes, pero todo clamor fué infructoso porque el eco no repercutió en Palacio ni se le permitió repercutir. Ante esta peticion estéril un miembro de la Alta Cámara exclamó: *Tengo el convencimiento mas íntimo de que no arrancaremos al Presidente Montt ni un cañon, ni una chalupa.*

XII

No obstante los sentimientos argentinóbolos de Su Excelencia, quien ántes i en su

propio Gobierno fué uno de los amigos mas decididos de la República Argentina, su mente se halló turbada, quizás por un celo patriótico mui peculiar en el Presidente, con la confeccion de un mapa que pusieron en sus manos sus últimos Cancilleres aparentando el mas vivo celo por la política internacional, mapa que hacia aparecer a la mayor parte de las islas del Canal de Beagle como pertenecientes al pais de sus afecciones. Y esta perturbacion se hizo mas honda en el espíritu de Su Excelencia cuando se informó por medio de la prensa que *El Piedrabuena* de la Armada argentina, practicaba reconocimientos i estudios prolijos en aquella zona que hoi está entregada al fallo de S. M. el Rei de Inglaterra.

El Presidente, creyéndose en presencia de un conflicto evidente, exhumó del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores aquel viejo expediente de nuestra cuestion de límites, exhumacion que se llevó a cabo con todo sijilo i prudencia, de tal suerte que no traspasó las almenas de su Palacio la curiosidad que tuvo de releer lo que ya estaba olvidado.

Como era mui lójico, llegó a la conclusion

de que el meridiano que divide la Tierra del Fuego dejando a la Argentina las islas del este i a Chile las del oeste, muere en el Canal de Beagle i a fin de no contrariar sus sentimientos arjentinófbolos excusó las pretensiones de aquel pais que nos invadia por la parte mas austral con aquello de que en uno de los varios protocolos firmados en 1903 por los peritos de uno i otro lado, se dejaban a Chile las islas que estuviesen al sur del Canal Beagle i a la Argentina las que estuviesen al norte, alegando que tenia motivos el capitan de fragata de aquel pais señor Storny (que inició en los diarios de Buenos Aires el debate de lo de las Islas Picton, Navarino, Nueva i Lenox) i como tambien los autores de aquel mapa para estimar como incorporadas al territorio arjentino las islas de nuestra referencia.

Como hemos espresado, el asunto no tomó proporciones i el Presidente fué en todo momento un amigo cariñoso i constante de los arjentinos quienes, al inaugurarse el monumento funerario de Montt el 1.º de Julio último, colocaron, por intermedio de su Ministro Plenipotenciario Excmo. señor Carlos F. Gómez,

una hermosa placa de bronce con sentidas expresiones de amistad i de gratitud, la que entregó el Ministro acompañada de un discurso elocuentísimo en el que se recordaban las fases mas brillantes de la vida laboriosa i honrada del Presidente.

Estos sentimientos de afecto hacia nuestros vecinos mantenidos por Su Excelencia en forma inquebrantable aun en los momentos mas críticos de nuestras relaciones, tuvieron una grandiosa recompensa durante las brillantes fiestas de Buenos Aires con motivo de cumplir la República del Plata cien años de libertad política. El Presidente fué invitado a ellas presentándose como los Soberanos europeos en la compañía de su esposa, con un séquito de cortesanos brillantísimo, con la Escuela Militar, tropas i naves de guerra.

Como durante el Gobierno del señor Montt no hubo un cuidado extremo en la inversion de los dineros del Estado, el Congreso se opuso de mil maneras a que Su Excelencia llevase a Buenos Aires un lujo mayor que el que podia sacarse de un Erario en crisis i le objetó el que llevase tropas. Pero Su Excelencia como

abogado que era, discurrió un medio para burlar a sus opositores: aumentó la dotacion de las naves de guerra que iban con él al Plata presentándose entonces en Buenos Aires con numerosa escolta militar.

Por otra parte, la prensa que no le era adicta, criticó el viaje de la señora de Montt porque rompía de hecho con las tradiciones republicanas de nuestro pais, i le manifestó que ella no era Soberana, i trajo a colacion el recuerdo de las otras señoras de Presidentes de Chile tan prudentes i respetuosas del protocolo. Pero esta disertacion no encontró eco en Palacio i el Presidente i su señora estimaron que la esposa del Jefe de Estado está tambien en la condicion en que lo está en las Cortes europeas, la mujer del monarca, en donde la consorte es soberana.

El señor Montt entregó transitoriamente el Gobierno a don Ismael Tocornal, Ministro del Interior, quien tomó el título de Vicepresidente. Las funciones de éste duraron ocho dias, es decir, todo el tiempo que Su Excelencia permaneció en Buenos Aires.

En la capital arjentina la recepcion que se le

hizo fué grandiosa; el pueblo lo vitoreó con orgullo, la cancion nacional chilena unida a la argentina lo saludó con toda la emocion de que es capaz la lira patriótica; las tropas en correcto órden, con brillantes uniformes, le presentaron armas con el respeto i la dignidad debida a la Majestad de los Reyes i las autoridades desde el Jefe de Estado lo abrazaron i ovacionaron en forma tal, que las mejillas del rostro pálido, abatido i enfermo de Su Excelencia se cubrieron de lágrimas; como en aquella vez en que leyó con voz tenue en el Congreso Nacional su último Mensaje Presidencial.

La capital del Plata estaba rejiamente adornada; bella i monumental de por sí, lo estaba grandiosa por su artísticas decoraciones.

España, hallábase representada por doña Isabel de Borbon, viuda del Conde de Girgente, hermana de Alfonso XII i, por lo tanto, tía del actual Soberano. El Presidente Montt fué el elegido del Gobierno arjentino para que estuviere en todos los actos oficiales con aquella ilustre señora.

La esposa del Jefe de Estado se exhibió con toda la dignidad de su belleza i elegancia; su

pompa extraordinaria cautivó las miradas de cuantos visitaron aquella metrópoli, como así tambien llamó vivamente la atencion la señora del Ministro de Relaciones Exteriores señor Agustín Edwards M. C., doña Olga Budge Zañartu, cuya hermosura, elevada distincion i porte jentil, dejaron en el ánimo del pueblo argentino una impresion encantadora e imborrable.

La *magnificencia* privada fué tambien pródiga en festejos para nuestros visitantes. El señor Montt asistió al baile de la opulenta señora Milanovich dado en su soberbia casa, fiesta grandiosa por el buen gusto que habia en la eleccion de las flores, los colores i estilo del amoblado, la calidad de los adornos. Esta flesta, según el concepto de la Infanta, de los Duques, Príncipes i Embajadores, tenia mucho de la grandeza de la Corte de Eujenia de Montijo i de Napoleon III, los últimos Césares de Francia.

Todo espíritu, por sencillo que sea, experimenta ciertas emociones e indescriptibles vanidades con festejos de esta naturaleza, i el señor Montt i su señora no fueron (no obstante el natural modesto de Su Excelencia), ajenos

a las inflaciones de la majestad. De aquí nació aquel afán extraordinario de llevarse al Presidente fuera de Chile a reponer su salud en el balneario de Nahueim, para que a su tránsito recibiese honores espléndidos, que si los tuvo, no hicieron otra cosa que arrebatarse al Jefe de Estado, moribundo, el resto de savia que le quedaba. Fuéronse a Alemania, en donde, según su criterio, era seguro que allí la recepción palaciega sería de gran trascendencia, porque Alemania debe a Chile infinitos servicios.

Es muy probable que Su Excelencia, dado el estado pésimo de su salud, no quisiese recepciones ni honores de ninguna especie, pero que se vió obligado a aceptarlos en donde se los tributaron por impulsos de los que le acompañaban.

Muy noblemente declaró en Bremen, ciudad en donde falleció, que aceptaba el homenaje del Senado de esa ciudad *por el prestigio de Chile en el exterior.*

XIII

La partida de Su Excelencia hácia el Viejo Mundo trajo para la política chilena dias de grandes alarmas e inquietudes. Pocas veces se habia visto en el seno de los partidos una confusion mayor.

La enfermedad del Presidente causada por su excesiva labor de 40 años, revolucionó al Continente latino, cuya prensa hizo toda clase de comentarios.

Este viaje tenia mayor significado por cuanto que se verificaba en los momentos precisos en que se iba a operar un cambio de Gobierno; en el dintel de una campaña electoral que iba a renovar la Presidencia de la República. Por lo tanto, se ponian en juego todas las maquinaciones de los partidos, con su cortejo de intrigas i bajezas que todavía sirven de base a nuestra política rastrera.

El señor Montt durante su activísima labor de Jefe de Estado tuvo numerosas contrariedades, propias del cargo que ejercia, las que atacaron su salud, tan seriamente quebranta-

da desde tiempo atras: Con frecuencia se alejaba en los últimos tiempos de su mandato del Palacio de la Moneda, su residencia, huyendo de las intrigas de todo jénero i de las documentaciones ministeriales que ya por fuerza de la gran afeccion al cerebro, corazon i sistema nervioso, miraba con repulsion i terror e íbase a Valparaiso, Concepcion i Lota, en donde léjos de entrar en el severo reposo prescrito, se entregaba a visitar todo cuanto en esas ciudades estaba clamando por la proteccion del Estado.

Cada dia que trascurria, su ansiedad por resolver los numerosos asuntos de Gobierno crecia mayormente i veia tambien aproximarse el fin de su noble existencia. Nadie podia detenerlo en su afan de estudiarlo i conocerlo todo. Con mucha frecuencia experimentaba cansancios desfallecientes, pérdida de la vista, interrupcion de la memoria, paralizacion del cerebro. Era tal el acopio de documentos que tenia que revisar i firmar diariamente, que se acordó por el Gobierno que los decretos supremos de carácter no mui importante fuesen firmados en nombre del Presidente por el Mi-

nistro del Despacho a quien correspondiera la intervencion en el decreto. En consecuencia, se usó la fórmula: *Por el Presidente*.

El señor Montt habia leido en el Congreso casi todos sus Mensajes anuales, pero el correspondiente al 1.º de Junio de 1910 no pudo leerlo i se contentó sólo con el discurso de estilo que fué acompañado de un derramamiento de lágrimas, señal evidente del gravísimo estado de Su Excelencia i de su aproximacion al sepulcro.

El aspecto físico del Majistrado era deplorable. Habian en su semblante las huellas de un abatimiento mortal resistido por su voluntad de hierro i la alta nocion de sus grandes deberes. Ese cuerpo hercúleo estaba debilitado infinitamente i su última fotografía tomada en Palacio poco antes de salir para Europa rodeado de sus mas íntimos, nos lo exhibe estremadamente flaco. Habíase despertado en él un apetito voraz que no podia satisfacer sin grave peligro de su salud. Cansábase cuando comía i respiraba fatigosamente al retirarse del comedor. Pero nada de esto le arredraba al trabajo. Por fin en Junio 29

del año citado anteriormente, sufrió un ataque encontrándose en el lecho que lo privó del conocimiento por espacio de una hora. El señor Montt habia asistido a una comida en Palacio ofrecida a él por su familia para cumplimentarlo por el dia de su santo; parece que al final de ella hubo contrariedades políticas que lo afectaron hasta causarle la fatiga que le quitó el conocimiento durante el sueño, ataque que los médicos clasificaron de *boba*.

Este ataque revolucionó al país i a la América. Los leaders políticos experimentaron vivas inquietudes; pero la serenidad de Su Excelencia los desarmó casi por completo cuando al presentarse en demanda de noticias en Palacio fueron recibidos por el mismo ilustre enfermo.

El señor Montt no obstante lo grave de su ataque, se levantó el dia 30 i asistió a la Sala de la Presidencia, recojiéndose a sus habitaciones a las cuatro de la tarde. La impresion que dejó el jefe de Estado en el ánimo de todos cuantos fueron a imponerse de su gravedad fué desfavorable, porque su semblante estaba profundamente demacrado, i por ello fué

que los Ministros, con cualquier pretesto se retiraban de su lado a fin de que no trabajase.

Mientras en Palacio los médicos auscultaban con frecuencia las mas nobles partes del organismo del Presidente i lo sometian a un severo tratamiento, al que mui poco se ciñó, los montinos hacian afuera numerosos comentarios.

Los doctores del señor Montt fueron asediados por los repórters de los diarios i los hombres públicos, a quienes pedian con viva curiosidad un diagnóstico, que nunca lo dieron con certeza ni sinceridad.

Pronto surjió en la familia i en los hombres de Estado la idea de un retiro temporal, de un viaje a Europa, de una Vicepresidencia.

El momento era solemne. De él dependian muchas cosas especialmente la futura Presidencia.

Ocupaba la cartera de lo Interior i en consecuencia la Jefatura del Gabinete el distinguido político nacional o montino don Agustín Edwards Mac-Clure, actual Ministro de Chile en Londres, i a quien, segun la Constitucion política del pais, correspondía la Vice-

presidencia en caso de que el señor Montt se marchase a Europa.

Ningun obstáculo legal podía impedir esta designacion. Sin embargo, el Presidente moribundo le salió al traves.

El señor Edwards cuyo nombre sonaba ya como sucesor del señor Montt en el quinquenio de 1911 a 1915 tenia en el pais grandes simpatías i todos creian firmemente que seria un jefe de Estado modeló. Se hacian de él apreciaciones mui diversas e interesantes, pero que el señor Montt no tomó en cuenta no obstante de haber sido aquel su colaborador en el Gobierno; su Ministro de Relaciones Exteriores en aquel período de ansiedad intensa para la América.

El Partido Nacional en su mayoría apoyaba al señor Ministro del Interior i exijia al Presidente exhausto que resignase el Poder en el señor Edwards como la Constitucion se lo ordenaba. Los monttinos fueron acompañados en este parecer por otras ramas del liberalismo i conservantismo, porque el jefe del Gabinete dada su hidalguía i su temperamento sin pasiones era una garantía para todas las aso-

ciaciones políticas. Pero el Presidente no los oyó i a pesar de la gravedad de su estado tuvo en Palacio una serie de entrevistas con los jefes de partidos i diversos hombres públicos a quienes manifestó deseos de dejar el Poder a cualquier político de mayor edad, menos al señor Edwards, que era entonces mui jóven. El señor Montt pensó en don Ramon Barros Luco, en don Ismael Tocornal, en don Vicente Reyes, en don Enrique Mac-Iver, en don Adolfo Guerrero i mui en particular en don Elías Fernández Albano. A Barros Luco, a Tocornal i a Fernández Albano ya los había conocido en el Poder i todos habían dado pruebas de prudencia i rectitud.

Barros Luco había sido Vicepresidente en 1903, Tocornal en 1910 i Fernández Albano en 1900.

Pero los liberales no le dieron *el pase* a Barros Luco cuando el señor Montt le rogó que quedara en su reemplazo.

Pensó tambien el Presidente en el eminente ciudadano e intachable liberal señor Javier A. Figueroa Larrain, leader del Partido Liberal i el primer jefe de gabinete de su Gobierno.

Viendo el señor Edwards que la situación para el país tomaba caracteres alarmantes i que los especuladores de la Bolsa jugaban siniestramente con el crédito nacional, escribió al Presidente una interesante carta en la que desistía de sus pretensiones a la Vicepresidencia.

El señor Edwards días ántes habia hecho verbalmente al señor Montt confidencias en las que le manifestó dejarlo en completa libertad no obstante las pretensiones de su partido.

Miéntas tanto los partidarios del jefe del Gabinete insistían poderosamente i hacían ver a Su Excelencia la necesidad imperiosa que él tenía de cumplir con la Constitución. Pero todo fué a estrellarse contra aquella resistencia indomable de que en su larga vida dió pruebas don Pedro.

Las miradas del señor Montt estaban fijadas en don Elías Fernández Albano, a quien lo ligaban lazos de amistad mui antigua. Costó bastante reducir a don Elías, quien no quería tomar las riendas del Poder por varias circunstancias, siendo las principales: el estado de la Hacienda Pública; su condescendencia con Ed-

wards, su mala salud, i la campaña librada cerca de él para que nombrasen al Ministro del Interior. Pero don Elías nada de esto dijo a don Pedro, escusándose con aquello de que estaba seriamente enfermo.

Viéndose perdido el señor Montt manifestó al señor Fernández que: si no aceptaba la Presidencia él no saldría del país aunque sucumbiera, declaracion que causó honda impresion a don Elías, obligándolo a recoger la banda que dejaba caer el señor Montt.

Con esto se puso fin a la gran agitacion que habia embargado el ánimo de nuestros hombres de Gobierno.

El señor Montt tenia en Fernández Albano una confianza ilimitada. Sabia cuán caballero i desinteresado era su antiguo amigo i camarada político. Estaba satisfecho de la designacion; porque a su juicio, recaia en un ciudadano esperto, prudente, justiciero, recto, que sabria conservarle la banda presidencial hasta su completo restablecimiento, i sabria tambien cumplir sus encargos con estremada delicadeza.

El país esperimentó con este arreglo una sensacion de alivio, a pesar de que habia que-

dado constancia de haberse violado abiertamente la Constitucion de Chile, asunto éste que al Excmo. señor Presidente tenia mui sin-cuidado.

El señor Montt respetaba las leyes del pais todo cuanto él creia justo hacerlas cumplir. Si su criterio consideraba necesario desentenderse de ellas, no las tomaba en consideracion para nada.

Como simple político rindió el mas noble i brillante culto a la Constitucion chilena, i fué siempre el perseguidor mas tenaz e inflexible de aquel que osara quebrantarla. Pero una vez en el Poder este culto se debilitó hasta sucumbir. Sin duda alguna que esta abdicacion le fué impuesta por la delicada naturaleza de sus altas funciones de jefe de Estado, que tantos disgustos le causaron. Encerrado dentro del marco de hierro de sus deberes constitucionales, creyó no hacer labor de Presidente si no se desbordaba. Su espíritu progresista, su amor a la Patria i la grave situacion del pais, segun su pensamiento, le pedian ensanchar su esfera de accion, sin reconocer los impedimentos legales. De ahí que haya habido

mas de un chileno que lo haya encontrado un Presidente atrabiliario. La Constitucion le señalaba procedimientos a los cuales debia ceñirse, pero S. E. rehuía aquel sendero trazado por el faro que guia a los jefes de Estado e íbase por un camino estraviado en busca del bálsamo que debia de curar las llagas que roian el cuerpo de su Gobierno i encontraba en vez de lo que su amante espíritu de patriota queria hallar, la mengua de su prestigio de gobernante, el sacrificio de su probidad i de su respeto por las leyes nacionales.

Su sucesor, don Elías Fernández Albano, era un carácter diverso. Para éste, servir a la patria, dentro de una esfera consagrada por la Constitucion, era su mas noble anhelo. No opinaba como el señor Montt, ni creia como él que el progreso debia de implantarse fuera del tiempo, derribando leyes i reglas establecidas i quitando al Gobierno todo su aspecto de seriedad i honradez. Por ello fué que al recibir la herencia del señor Montt, herencia nebulosa, se sintió oprimido con el peso de ella como si le dejaran caer el cuerpo de un planeta. Con mano trémula i con pasos vaci-

lantes, tocó el bulto de aquel gobierno misterioso, (cuya responsabilidad acababa de asumir por uno de aquellos arranques de nobleza, lealtad i partidatismo tan peculiares en los caballeros de brillante prosapia) como si fuese a poner los dedos sobre un monstruo adormecido que podia derribarlo.

XIV

En tanto que todo esto ocurría, el dignísimo señor Montt, que acababa de dejar la banda de una Presidencia pintoresca, pintoresca porque revolucionó al continente sudamericano, i a la misma América del Norte con el problema de Tacna i Arica, que exhumó expedientes de fronteras, alistó escuadras i batallones, destruyó escudos i pisoteó banderas, preparaba sus maletas de viaje i disponia la manera cómo debia de hacerse la jornada.

No fué el viaje del Presidente un viaje de un hombre enfermo que va lisa i llanamente a buscar la salvacion de su vida; fué el viaje de un monarca, de un jefe de Estado de pais opu-

lento, que lleva séquito de cortesanos i propósitos de recibir i de devolver agasajos.

Estaba latente en el recuerdo de Su Excelencia i de su dignísima esposa el viaje a Buenos Aires, ese paseo triunfal que ámbos hicieron en medio de un esplendor oriental, en el que se relacionaron con príncipes i grandes señores que la Europa envió a la República Argentina en representacion suya, así que no es raro que el viaje de salud tuviese contornos aristocráticos. Su Excelencia, durante su vida de simple político, fué un ciudadano que amó mucho mas la modestia que la ostentacion, pero que en el Poder no pensó de la misma manera. La mimísima banda presidencia le pareció poco apropiada a su dignidad si no llevaba un relumbron que alternase con la hermosa sencillez que siempre ha tenido i aceptó gustosísimo la innovacion de colocarle un escudo nacional en el centro dejándola igual a la del Presidente de la República Argentina, la que por larga tradicion debe de ostentar el escudo de dicho pais.

Los esposos Montt dejaron por fin la capital de Chile, en una tarde mui arrebolada del

mes de Julio, no sin haber antes el Excmo. Presidente ejecutado su testamento sobre sus bienes de fortuna que ascendian a mas de un millon de pesos chilenos, ganados honrosamente en la carrera del Foro.

En la Estacion *Arjentina* fueron despedidos por el Vicepresidente, los Ministros de Estado, los Senadores, Consejeros, Diputados i cuantos tenian acceso a Palacio ménos el señor Edwards. El pueblo lo vitoreó i las bandas militares le tocaron por última vez la cancion nacional que el Presidente escuchó, con la mas viva emocion, emocion que tenia su oríjen en su aguda enfermedad, en los misterios del viaje i en el amor a la Patria.

En Valparaiso trasladáronse al buque de guerra *Esmeralda* que en esos momentos tenia para la vanidad presidencial el carácter del *Standart*, i del *Victoria* i *Alberto* los *yates* de recreo de los Soberanos de Rusia e Inglaterra, respectivamente.

Izada la insignia del Presidente en la proa del buque, la Comandancia de la nave dió a Su Excelencia la bienvenida con las salvas de estilo.

El Jefe de Estado que acababa de descender de la falúa de gala, despues de recorrer triunfalmente el muelle *Arturo Prat*, en donde las tropas de la guarnicion i tripulaciones de los buques de guerra le formaron calle presentándole armas, tomó posesion de su camarote; cambió su sombrero por el *jockey* del navegante, i abrazó por vez postrera a sus amigos, admiradores i partidarios.

Al caer la tarde la *Esmeralda* enderezó rumbo hacia el norte i a medida que se alejaba de la tierra, Su Excelencia contemplaba con lágrimas de sincera emocion la costa de la República, cuyos destinos habia dirijido en medio de las borrascas del proceloso mar de la política.

Los puertos i caletas chilenos hicieron tambien su ofrenda.

Su Excelencia a su paso por la costa nacional no fué olvidado por sus conciudadanos.

Las autoridades subieron a la nave viajera saludaron al Jefe de Estado i besaron las manos de la *Soberana*.

En Panamá, trasbordáronse los eminentes viajeros a un transatlántico, despues de haber

recibido las mas finas atenciones del Presidente, Excelentísimo señor Mendoza, de la colonia chilena i de los constructores del gran Canal.

En Nueva York descendieron para visitar en Beverley al Presidente de los Estados Unidos de Norte América, señor Williams Taft, quien les ofreció en su residencia de verano. un espléndido almuerzo a cuyos postres la mano galante de un retratista tomó vistas del banquete; de S. S. E. E. los Presidentes de Chile i EE. UU., rodeados de sus esposas i cortesanos.

El señor Montt conversó con el Presidente de la Union Americana sobre política internacional, versando la conversacion mui particularmente sobre las relaciones del Perú con el Ecuador que en aquellos dias pasaban por un período crítico.

El señor Taft, tuvo despues de esta entrevista, espresiones mui hermosas para calificar la intelijencia i la entereza del Presidente Montt.

El ilustre moribundo no obstante su gravísimo estado, dió por medio del telégrafo al Vicepresidente Fernández Albano, instrucciones para proceder respecto de los asuntos pe-

rú-ecuatorianos discutidos en esos momentos por él con Mr. Taft.

Desde Nueva York los viajeros continuaron hacia Europa.

En un puerto ingles fueron saludados por el Ministro, la colonia de Chile i el Almirante Fox, este último en nombre de S. M. el Rei de Inglaterra i Emperador de las Indias. Homenajes parecidos recibió también en Cherburgo i otros puertos.

En Bremen, el Senado de esta libre ciudad, le rindió honores correspondientes a su alta dignidad, i los que el moribundo aceptó, segun su propia declaracion *única i exclusivamente por el prestigio de Chile en el exterior.*

El viaje dejó a S. E., profundamente postrado, así lo notaron las personalidades que lo saludaron en Cherburgo i Plymouth.

A su ruina i decadencia durante la navegacion contribuyeron poderosamente la absoluta falta de reposo, la preocupacion de los asuntos pendientes en la Moneda i los temores de una calaverada política que cambiase en Chile la faz del Gobierno.

El 16 de Agosto de 1910, a las 11.50 de

la noche, hora de Bremen (4.45 de la tarde, hora de Santiago), después de haberse despedido del general retirado del Ejército de Chile, Emilio Körner, y en vísperas de marcharse a Berlín, el Presidente Montt falleció víctima de la aguda dolencia que lo aquejaba, pero siendo la causa inmediata de su muerte la ruptura de un vaso sanguíneo, producida por un esfuerzo que hizo cuando se preparaba para desvestirse.

El fin del Majistrado fué rápido. Ninguno de los cuidados de la amistad, del amor conyugal i de los médicos pudo volverlo a la vida. Su esposa, visiblemente turbada, se abrazó de ese cuerpo inanimado, caliente todavía, que luego iba a corromperse, en cumplimiento de los severos designios de la naturaleza. La dignísima viuda sollozaba, i sollozaba de veras, porque perdía un hombre que la quiso con el cariño de padre; que jamas en nada la contrarió i que la tuvo siempre a su lado con regalo paternal. Con la muerte de este esposo ilustre, modelo de caballerosidad, alto ejemplo de moralidad, vió la señora del Presidente desvanecidas muchas gloriosas esperanzas, que realizadas en

ese medio europeo habrían satisfecho su vanidad de mujer *Soberana*. La muerte del señor Montt, los privó de cruzar la Avenida de Los Tilos para saludar en su Palacio a Guillermo II, Emperador de Alemania, monarca semi-obligado a gastar deferencia con el Jefe de Estado por los hermosos lazos de positiva amistad militar i comercial entre Chile i el Imperio; los privó también de abrazar en Madrid a doña Isabel de Borbon, a quien hablaron de viaje cuando se encontraron en Buenos Aires, privacion que trajo consigo el no conocer a los Reyes de la madre patria i a la Corte suntuosa en donde la señora del Campo de Montt pudo descollar por su espléndida belleza i cultas maneras, como descollaron las mujeres de los Presidentes argentinos José Figueroa Alcorta i Roque Sáenz Peña, en el Palacio Real de Madrid i en la morada señorial de doña Isabel de Borbon, cuando estos caballeros visitaron España en 1911, quedando constancia de ello en una preciosa vista que nos los muestra en medio de aquellas testas coronadas.

Pero, no obstante estos desengaños, quedaban todavía para la vanidad presidencial, que

no estaba completamente minada, los póstumos homenajes imperiales al señor Montt.

En una iglesia de Berlin se veló el cadáver i se cantó un responso a presencia de la Guardia Imperial, del secretario de la Legacion, dignísimo señor don Osvaldo Ramírez Sanz, quien presidió la ceremonia, del jeneral von Kessel, gobernador de Berlin i representante de Su Majestad Guillermo II i se colocaron soberbias coronas, descollando la del ilustre monarca aleman.

En Febrero de 1911 llegaron a Chile los mortales despojos que en Alemania recibió el jeneral Boonen Rivera, enviado para esto i para agradecer en Postdam al Emperador (palacio en que éste se encontraba a la sazón) las atenciones de su Gobierno.

La nacion chilena tributó al cadáver homenajes correspondientes a la dignidad de Jefe de Estado. Todas las tropas de la guarnicion de Santiago, lo recibieron en la estacion Argentina i lo llevaron al Templo Metropolitano en donde se oficiaron grandes honras, conduciéndolo en seguida al Cementerio Jeneral, instalándosele en la bóveda de la capilla, en la

cual ha permanecido por espacio de cinco años, siendo trasladado el 1.º de Julio de 1916 al suntuoso mausoleo que el Estado le erigió con solemne ceremonia i en la cual el Ministro arjentino, Excmo. señor don Cárlos F. Gómez, leyó un bien meditado discurso, en el que hace mencion a la afectuosa amistad del señor Montt con los arjentinos, colocando, al mismo tiempo, sobre el féretro del ex-Presidente, una bella placa de bronce como ofrenda de su Gobierno al jeneroso i leal amigo.

XV

El fallecimiento de Su Excelencia conocido en Santiago el dia 17 de Agosto por la comunicacion venida de Alemania i firmada por el señor don Hermann Echeverría Cazotte, secretario privado del Presidente, i el Jeneral Bari, Edecán del mismo, causó en el pais honda sensacion.

En ámbas Cámaras los mas caracterizados Senadores i Diputados hicieron el elojio del estinto del modo mas respetuoso. El mismo señor Edwards, a la sazón Diputado por Qui-

lloca i al que el señor Montt combatió gratuitamente hasta privarlo de un derecho reconocido por la Constitucion Política de Chile, hizo el panejírico con la hidalguía de un gran señor.

Cada uno de los parlamentarios aportó al elogio jeneral un dato mas acerca de la austeridad indiscutible del laborioso hombre de Estado, que sucumbió como un jefe militar al pie de sus cañones, dejando tras de sí recuerdos de honradez que jamas se olvidarán.

Sus enemigos políticos, que no eran pocos, recordaron tambien su obra con espresiones de hondo pesar. Podrán, decian éstos, decirse muchas cosas al estinto jefe de Estado, podrán reconocerle a su Gobierno muchos errores, pero jamás nadie osará atentar contra la probidad de ese hombre delicado, de ese administrador pundonoroso que todo lo quiso para la felicidad de la patria.

La prensa en jeneral analizó con nobleza la labor del difunto Majistrado; el Ejército llevó crespones por espacio de quince dias i la República se preparó, no obstante, el dolor que le causaba la pérdida de uno de sus hijos que sacrificó su vida entera por ella a elejirle un

sucesor que dos meses mas tarde lo fué don Ramon Barros Luco.

¿A la fecha del fallecimiento del Excmo. señor Montt quedaba el pais en mejor estado de lo que lo recibió del Excmo. Presidente Riesco Errázuriz?

Creemos que el señor Montt lo dejó al señor Fernández Albano en peores condiciones de lo que éste lo recibió de su antecesor, i esto sin quererlo el dignísimo don Pedro Montt.

Es del caso decir aquí que el señor Riesco lo recibió en peores condiciones de lo que lo entregó, i si su sucesor lo recibió en forma anormal fué a causa de que el período de su Gobierno fué corto para poder realizar la suprema aspiracion de su Presidencia, que era la de devolver a sus conciudadanos un pais completamente rejenerado i libre de la gran desorganizacion en que lo dejó el Excmo. Federico Errázuriz, Majistrado éste que recibió la nacion en un estado depresivo a causa de la sangrienta Revolucion de 1891, sin que a él afecte ninguna responsabilidad.

Miéntas el señor Montt era dulcemente recibido en los puertos de tránsito; miéntas

estudiaba en su camarote los negocios de Estado pendientes conversándolos consigo mismo; mientras el barco se debatía en el furioso oleaje de alta mar; mientras el Senado de Bremen preparaba la recepción i mientras el Almirante Fox le saludaba en Plymouth en nombre del Rei de Inglaterra, el Gobierno de su sucesor trataba de poner todo en orden volviendo los negocios de Estado a su vida normal, suspendiendo los pagos, i ordenando al Ministro de Hacienda que se hiciera un balance prolijo del Erario nacional.

Para nadie es un misterio que una de las características mas resaltantes de la Presidencia del señor Montt fué la de las grandes construcciones.

Su Excelencia creia descifrar así el secreto de la grandeza nacional i no trepidó en llevar a la práctica la mas suprema, patriótica i noble aspiracion de su Presidencia; i como en aquellos años imperaba aun la impudicia de muchos malos administradores del Tesoro Público, no faltaron elementos malsanos que adhiriéndose solapadamente a la noble idea de Su Excelencia, por medio de la prensa o de otro modo

impulsaron al Jefe de Estado para que emprendiese las referidas construcciones. De tal suerte que ese fiscalizador eminente que en 36 años de vida pública, fué el *Cancerbero* de las riquezas del Estado, se vió súbitamente rodeado por una colonia de ingenieros, arquitectos, dibujantes, i empresarios de todas nacionalidades que se ofrecian para la confeccion de planos, i construcciones de edificios i ferrocarriles, personas todas éstas que mui pocas veces se conformaron con los bases de su propio presupuesto, viéndose, en la mitad de su trabajo, precisados a pedir al Gobierno, aumento de dinero, estension de los plazos i muchas otras ventajas que el Presidente, en el temor de que dejasen las obras paralizadas, i por prestar fina atencion a las altas personalidad que abogaban por aquellos empresarios de trabajos fiscales entre los que habia muchos pertenecientes a los partidos que con él gobernaban i que podian romper en las Cámaras las mayorías, derribar Gabinetes i entorpecer la marcha del Gobierno si no se les oia i contemplaba, no trepidaba en acceder a sus peli-

grossas peticiones creando al Erario una situacion de compromisos serios.

Del estricto cumplimiento de las leyes de Hacienda i del Presupuesto anual de la nacion nada se podia ya esperar porque el Gobierno habia roto con esa práctica. Los Presupuestos llegaron, pues a ser una mera fórmula i la confeccion de éstos fué hecha en forma tan incorrecta que en los últimos tiempos de aquel Gobierno ya no se sabia si lo que se pagaba era legal.

Con el objeto de satisfacer los contratos, deber que debia de llenarse primordialmente, se acudia a fondos destinados para otros servicios, que por lo jeneral correspondian a las ciudades i pueblos lejanos, de aquellos que nada podian hacer.

De aquí que se orijinara una corruptela espantosa, i creara en los hombres el deseo de participar en cualquiera forma de los desperdicios de aquella bancarrota.

Entre los grandes trabajos públicos que en aquel tiempo se ejecutaban, cuéntanse: el ferrocarril lonjitudinal; el de Arica a La Paz; varios en el Sur; el Palacio de Bellas Artes;

Escuela de Arquitectura; Estacion de Mapocho; pavimentacion de Santiago; alcantarillados de Santiago i Concepcion; Puerto de Valparaiso, i reconstruccion de esta ciudad, etc., etc. Estamos ciertos de que estas obras adolecen de defectos desde su base i que comprometen las riquezas del Estado en forma detestable.

El Excmo. señor Montt creyendo hacer al pais con todos estos trabajos citados, i con los que no hemos citado servicios positivos i creyendo que luego iba a desenredarse de aquellos inescrupulosos i desleales empresarios, vióse envuelto en la mas espantosa de las situaciones. I como en el Parlamento tenia adversarios que hicieron a su Presidencia una oposicion sistemática, estallaron murmullos por todas partes que llevaron a lo mas recóndito del pais el eco de que en su Gobierno se hacia el despilfarro mas horroroso, sin precedentes casi en los anales de nuestra Historia.

Como a Su Excelencia agradaron siempre los constructores extranjeros, viniéronse a *este espléndido pais* desde puntos mui lejanos, numerosos profesionales de reputacion dudosa que eran presentados al Presidente por perso-

nas caracterizadas de la Sociedad patricia i de su propio Gobierno.

Exhibian éstos al Majistrado documentos hechos sobre pergaminos con escudos reales i firmas de grandes señores. Esto bastaba para que se les entregasen las obras públicas o las empresas del Estado.

Los ferrocarriles del Gobierno fueron entregados al dignísimo caballero belga señor don Omer Huet, ingeniero prestigioso, pero que no pudo comprender la organizacion de aquellos ni darles los rumbos convenientes, irrogando al Fisco pérdidas espantosas, mui superiores a esas de cuando la empresa estaba en manos chilenas. El Presidente, fascinado con aquello de que el señor Huet era profesional extranjero, i oriundo de Béljica, nacion que hasta la hora de la gran guerra europea fué modelo, de progreso, de organizacion, de cultura i jeneral adelanto, le confió los intereses de la empresa con amplias facultades i le aumentó el presupuesto en 40 millones de pesos para que aquella tuviese en lo sucesivo una pérdida de 50 millones!...

¡Error incomprensible en un hombre de tanta probidad!

Así permaneció la empresa ferroviaria desorganizada hasta la administración del Excmo. Ramon Barros Luco a quien cupo el honor de arreglar en ella todo cuanto era menester en pro de sus intereses. A él le debemos la salvación de los ferrocarriles, él con las medidas que tomó puso término a la gran serie de escandalosos negociados que en ella se estaban haciendo desde 1891, fecha de todas las desorganizaciones administrativas que ha habido en el país.

I ya que a los profesionales extranjeros nos hemos referido, no podemos por ningún título permanecer indiferentes ante el contrato de Williams Silverberg i Compañía, firmado entre estos señores i el Gobierno para construir el ferrocarril de Lagunas a Pueblo Hundido. Uno de estos empresarios, si mal no recordamos, se llamaba Silverberg; era un extranjero de dudosa reputación, que había estado recluido en una cárcel en Europa, de la que se fugó, siendo reclamado por la justicia de Londres en los momentos precisos en que premu-

nido de recomendaciones i apoyado por influyentes personalidades chilenas, era presentado al Presidente i firmaba al mismo tiempo su contrato de tres millones i medio de libras esterlinas con la mísera garantía del uno i medio por ciento!

Tan pronto como el escrupuloso Mandatario supo que Silverberg era un hombre rechazante, le quitó el contrato. Pero los influyentes de su Gobierno, que tanto interes tenían en construir aquel ferrocarril, hicieron revivir el contrato, con las mismas formalidades del anterior, sólo con el simple cambio de Silverberg por Williams!!

Y Su Excelencia aceptó esta transformación.

Se ha dicho con insistencia que el derroche de los tesoros del Estado en la construcción del Lonjitudinal ha sido formidable; pero que el Presidente hubo de no tomarlo en consideración por razones también muy formidables. Él, como amante del progreso de su país, quería que los trabajos no se paralizaran i por ello no omitió sacrificio alguno. Creía sin-

ceramente que la espresada obra reportaria a la nacion ventajas positivas.

El señor Montt, que durante su vida matrimonial no tuvo hijos, queria, como aquel héroe de la antigüedad que dejó tras de sí como hijas a Leutra i Mantinea, dos victorias guerreras suyas, dejarnos como descendencia gloriosa, el Ferrocarril Lonjitudinal, al costo de cualquier sacrificio. Él queria glorificar su Presidencia a todo trance. No llevar a cabo dentro de su período gubernativo una labor de inmenso renombre, equivalía a no haber sido jefe de Estado, i por ello fué que fijó sus miradas en aquella gran vía ferroviaria que unirá mui luego a los pueblos del norte con el centro i a los del centro con el sur, esa obra que acarició el espíritu brillante i práctico de don José Manuel Balmaceda i a la que el señor Montt se opuso cuando era Ministro de Obras Públicas!!

Nuestros lectores no ignoran la forma cómo fué aprobado el proyecto del lonjitudinal. El Presidente se portó en esta jornada como un héroe porque sus esfuerzos para vencer la resistencia parlamentaria que se lo rechazó

con un jesto de ira e indignacion fueron sobre-humanos. Le fué preciso a Su Excelencia para triunfar de esa formidable oposicion recurrir a uno de esos tantos medios raros a que recurría cuando soplaban fuertes los vientos de la resistencia: en una sesion de mañana fresca de primavera celebró reunion el parlamento sin entrar en el número los opositores, i se aprobó el proyecto—sueño de oro del señor Montt. El fin justifica los medios, se debió de haber dicho el jefe de Estado en esta ocasion, como se lo dijo en tantas otras en que para vencer hubo de pedir ayuda a aquel lema popular.

XVI

Si las protestas del público durante el Gobierno del señor Montt fueron acalladas por la autoridad incontestable de este mandatario que no admitia réplicas de ninguna naturaleza, no se procedió de igual manera cuando aquel hubo dejado el Poder Supremo.

Al alejarse de Chile todos sintieron la necesidad de levantar el velo que ocultaba el estado de la Hacienda pública, aunque este deseo

envolviera una traicion al Presidente moribundo que habia despreciado a su regalado gusto las buenas leyes económicas. I haciéndose eco del clamor público el señor Senador por Concepcion don Juan Luis Sanfuentes, hoi Presidente de la República, pidió al Ministro del ramo don Cárlos Balmaceda Saavedra una esplicacion mui detallada acerca del erario nacional, que el señor Ministro la dió en el alto Cuerpo Lejislativo en los primeros dias de Agosto de 1910, causando su esposicion pánico indescriptible en el Senado, en la Cámara de Diputados i en el público. Hubo Senadores que creyeron que el señor Ministro Balmaceda no era sincero en sus detalles i que por no causar vivas alarmas no esponia la gravedad de la situacion como la espondria un secretario de Estado que no teme al suministrar informes espeluznantes a la alteracion del orden público.

Al señor Balmaceda costó profundamente reunirse con los antecedentes que leyó en el Congreso porque la Contabilidad jeneral estaba de hecho adulterada.

Como ya lo saben nuestros lectores, apare-

cen en la memoria del señor Balmaceda gastados ilegalmente siete millones de pesos!!!

¿Cómo se hizo aquel derroche que dió oríjen a la acusacion del ex-Ministro de Hacienda, señor don Manuel Salinas?

Contrariando implícitamente el artículo 146 de la Constitucion Política del Estado que, mas o ménos, espone que ningun pago se admitirá en cuenta a las Tesorerías del Estado si no se hiciere a la vista de un decreto supremo en que se espresa la lei, etc., el Presidente señor Montt dió órden al señor Ministro de Hacienda para que abriese en la Tesorería Fiscal de Santiago una cuenta corriente de siete millones de pesos para atender con esta suma los pagos de las numerosas obras públicas que estaban pendientes.

Como se ve, el procedimiento no pudo ser mas absurdo, mas ilegal i mas inconstitucional.

El descalabro ocurrió en Enero de 1910 i los Presupuestos fueron aprobados cuatro meses despues!!

El diputado por Angol, señor don Alfredo Irarrázaval Zañartu, quien fué durante todo el Gobierno del señor Montt uno de los oposi-

tores mas sistemáticos, acusó al señor Salinas de aquella ilegalidad i le hizo comparecer al Congreso a fin de que oyese las reclamaciones i formulase los descargos del caso.

El público siguió con grande interes el curso de este debate patriótico, i por medio de él pudo conocer, en la forma mas íntima, la situacion de los dineros del Estado i la ilegalidad cometida por el Gobierno del señor Montt de invertir siete millones de pesos, sin autorizacion del Congreso, sin base legal alguna.

Como ya comprenderán nuestros lectores, esta famosa acusacion hecha a uno de los Ministros de Hacienda del Excmo. señor Montt por uno de sus enemigos mas tenaces i preparados, mas hábiles i mas elocuentes, despertó en el seno de las Cámaras la mas viva curiosidad. Los adversarios del Gobierno, cuyos actos se juzgaban, llenáronse de innoble regocijo i los amigos decididos i partidarios absolutos del Presidente alarmáronse, invocando en defensa de la memoria ultrajada las altas virtudes personales del egregio Majistrado.

El Ministro de Hacienda señor Salinas, sobre quien recaia la susodicha acusacion, acudió

al Congreso en el plazo que se le señaló i dió las satisfacciones del caso, primero por intermedio del Diputado por Lináres, señor don Guillermo Ramírez i despues personalmente, en la sesion siguiente.

La esposicion del ex-Ministro no satisfizo a nadie, por cuanto que, no obstante la forma hábil en que dió sus esplicaciones, forma enteramente necesaria i mui adecuada a las circunstancias i a la salvaguardia de dos honras puestas políticamente en tela de juicio, el alto funcionario de Estado aparecia maniobrando en obsequio a caprichos (por fortuna mui nobles) de un Jefe de Gobierno que distinguió al señor Salinas durante todo su período con la amistad mas leal.

Las alturas del poder son para todos los ciudadanos, aun para los mas tranquilos i desinteresados, un talisman que los atrae haciéndolos abdicar de sus enerjías i poniendo al servicio de Palacio su interes i abnegacion, a trueque de los halagos de la vida cortesana. Esto es humano. La vida i los gobiernos están llenos de estos vulgares ejemplos de rastroerismo i miseria. No queremos de ninguna

manera hacer al Ministro acusado la ofensa de envolverlo en este ambiente, porque nos consta su hidalguía, pero sí, debemos de espresar de que si el señor Salinas no fué jamas víctima de estas cosas, hallóse mui atraído por el Presidente, quien lo indujo a aceptar sus proyectos favoritos suscribiéndolos en su carácter de Ministro del Despacho.

Los hombres de Estado de la nacion chilena no se hallan todavía con la independenciam i libertad suficientes para renunciar a todo aquello que los pueda hacer aparecer como disfrutando cual vulgar cortesano de las granjerías del trono. Son, desafortunadamente, mui pocos los hombres que poseen aquella rara altivez que los hace repudiar los procedimientos ilegales de los Gobiernos. Los que existen así en nuestro escenario político son contadísimos; i a ellos debemos que la barca del Estado, en toda época, no haya zozobrado, que las leyes nacionales no hayan perdido su supremacía i que el pueblo i la sociedad en jeneral puedan aun disfrutar de aquel sosiego que estos adalides de la libertad i del pensamiento

han sabido darles con raro desinterés i extraordinaria hombría.

El Ministro acusado, ha sido siempre un hábil político, un miembro mui distinguido del partido liberal-democrático, Secretario de Estado varias veces, de modo que nada de aquello puede alcanzar; i su conducta para con el Presidente Montt, firmando las resoluciones ilegales de este Mandatario, está escusada con el respeto i la lealtad que debia a su jefe i el convencimiento íntimo que le asistia de la honradez de propósitos del Supremo Magistrado.

XVII

El Presidente, al alejarse de Chile, confió sinceramente en la lealtad del Gobierno que le sucedió, i presumia, por lo tanto, que jamas llegaria el caso de arrastrar a un proceso los actos de su Presidencia. I ésta fué una de las causas que lo indujo a transmitir el poder al señor Fernández Albano, su distinguido amigo de medio siglo, el vicepresidente del Partido Nacional en que militó el señor Montt.

Si el ilustre enfermo supo algo de lo que se

hacia en Chile mientras iba navegando en busca de salud, entendemos que su corazón se llenó de una amargura estraña, distinta a las que de ordinario había tenido en su activa vida política i social. Pero es muy probable que nada de esto haya alcanzado a saber i que su familia haya tratado de ocultárselo en todo momento. Su salud, tan seriamente comprometida, no podía recibir emociones tan crueles.

El señor Presidente no debía presumir que los numerosos enemigos que lo combatieron se darian el lujo de rasgar el velo que ocultaba a la luz pública los grandes derroches de su administracion. Confiaba, seguramente, en que la lealtad infinita del señor Fernández Albano se opondría a esta maniobra; pero olvidó de que la lealtad es en muchos casos sólo una sombra de fidelidad; hai tantos factores que inducen a los hombres a quebrantarla i estamos ciertos de que en el señor Fernández Albano pudieron mas que los dulces recuerdos de la amistad, las delicadas consideraciones de su elevado cargo i las provocadoras amenazas de los adversarios del Gobierno de su antecesor, que con fines patrióticos i políticos que-

rian iniciar esta campaña tan natural, tan lójica i tan razonable.

No obstante la gravedad de su enfermedad, el señor Montt creia restablecerse i volver a Chile a continuar su Presidencia. No tenia él otras miras que las de dar por concluido su plan de obras públicas i de progreso jeneral que se habia trazado.

En el tiempo que duró su viaje, su pensamiento no se ausentó jamás de su Gobierno. Tuvo mui presente todo cuanto a él se referia i lo amargaba sinceramente el que una pertinaz dolencia le impidiera concluir en buena forma con aquella responsabilidad temeraria que pesaba sobre él.

XVIII

Durante la jornada todos los que componían el séquito del señor Montt, cuidaron de la salud de éste con toda hidalguía: Cada cual se esmeraba en hacer mas dulces las horas de pruebas del eminente ciudadano.

La distinguida esposa de Su Excelencia, señora del Campo, cuidó del señor Montt con

la abnegacion i ternura de una dama que comprende perfectamente sus altos deberes i que sabe rendir culto al marido ejemplar, al caballero sin tacha i al excelente amigo.

En la Presidencia se preocupó bastante del Majistrado i para muchos de los que no estaban en las intimidades de Palacio debió de haber parecido exajerada la intromision de la ilustre dama en los Consejos de Gobierno. Pero en honor de la verdad, debemos declarar que su actitud no fué la de una señora que como esposa del Jefe de Estado gusta de hacer uso de la misma alta autoridad de que se halla investido el hombre que comparte con ella las mismas responsabilidades de la vida, sino la de una señora que, comprendiendo la ardua labor de su esposo, trata de ayudarlo en la obra; de iluminarlo i de guiarlo por el tortuoso sendero por donde ámbos deben de caminar.

La señora del Campo supo cumplir fielmente su mision de esposa, i tal es así, que ella constituyó el encanto del señor Presidente, el alma de su vida, su fuerza i poder. El señor Montt nada de lo que ella hacia lo repudiaba;

todo mereció su aprobacion mas amplia; i si no hubiera sido así, el señor Montt, que poseia una voluntad de hierro, habria combatido enérgicamente la intromision de su esposa en los negocios de Estado.

Es indudable que ella ayudó bastante a su marido en su pesada labor. Nadie mejor que ella podia ejercer esta mision con mas acierto, ya que en el hogar que ámbos organizaron, las fuerzas físicas, morales e intelectuales de la señora del Campo no podian hallarse espuestas a los peligros de las que han dirijido la educacion de numerosos hijos, porque en la vida matrimonial del señor Presidente no hubo familia, i tenia, por lo tanto, la facilidad de consagrarlas a otra cosa. Nada mas acertado que el distraerlas en beneficio de la labor de su marido i, al efecto, como ya lo hemos espresado, fué una ardiente colaboradora del señor Montt, cuando éste era un simple político, conquistando sobre su marido el ascendiente que puede alcanzar la mujer que recibió en dote de la Providencia las hermosas cualidades que dan brillo a la personalidad.

Nadie mejor que ella conoció a los amigos

del Presidente; pudo saber con anterioridad a la llegada de ámbos a Palacio, cuáles les serian fieles i capaces de desempeñar funciones públicas compatibles con la dignidad del Magistrado. Locura de ella habria sido negarle este concurso en los precisos momentos en que el señor Montt tenia mas necesidad de él.

El señor Presidente llegó a la Moneda, en condiciones de salud mui anormales; fué conducido hasta allá en aras de su potente voluntad, que todavía desafiaba las tempestades que le oponia una enfermedad en jérmen, i nada mas lójico que la secretaria de toda su vida continuase en el Poder prestándole la acertada ayuda que le brindó.

Los que censuraron ardientemente la participacion de la señora del Campo en el Gobierno, fueron aquellos que jamas compartieron con el Presidente sus ideas políticas; fueron, en resumidas cuentas, sus adversarios políticos i personales, los que no estaban en las intimidades de Palacio i que de nada se hacian cargo.

Para contener el desborde de estas iras injustificadas que despertaron la actitud de aquella señora, le fué preciso a los que cuidaban

de su dignidad, recurrir a extremos dolorosos, que pusieron término a los libelos i diatribas que sin una severa sancion habrian continuado jugando con el prestigio de la señora de Montt.

La medida adoptada fué felicísima, porque, desde ese dia en adelante, los pasquines i revistas guardaron una compostura admirable.

XIX

Ninguna ocasion es mas propicia para establecer juicios jenerales bien adversos o bien favorables, que la en que nos encontramos; i esto se esplica porque se ha pasado revista a los actos mas trascendentales de la Presidencia del señor Montt.

Esta revista tranquila i relativamente minuciosa, implica el análisis de las obras, dependiendo de tal proceso la sentencia definitiva.

El análisis lo hemos ejecutado. Es mui posible que no se haya verificado en la forma en que lo estableceria un historiador entregado por entero al cultivo de su ramo; pero de todos modos, no podrá escaparse a la penetracion del lector que en estas páginas algo

de esto se ha hecho, abriendo al pensamiento de los historiadores del porvenir vastos horizontes.

Hai negocios de Estado para los que un proceso está demas; i numerosos asuntos de la Administracion del Excmo. señor Montt no necesitan ser sometidos a una investigacion semejante a las que se ajustan materias veladas e indescifrables, por cuanto que la contravencion a la Lei está visible, francamente visible. Esta es una virtud, léjos de ser un error, virtud que implica la sana inspiracion con que se procedió.

Los actos de los hombres públicos, en la mayoría de los casos, son matizados por el *momento político*.

El señor Montt tuvo en su vida de hombre de Estado dos fases en las que se manifestó en formas diversas. En la una, que es aquella en que se exhibió con el carácter de un simple político, independiente i fiscalizador, ejerció despótica opresion sobre los Gobiernos i los Partidos, impidiéndoles lo que, a su juicio, bastante severo e impenetrable, importaba ataques contra el Erario Público; i les toma cuen-

ta minuciosa i detallada de los gastos mas insignificantes i se opone a todo espíritu de progreso por estimarlo estemporáneo i grave para los intereses fiscales; i en la otra, en la que se exhibió con el carácter de Presidente de la República, obra en absoluto desacuerdo con las Leyes de la Nacion, que en un tiempo discutiera i votara como Diputado, Senador, Consejero i Ministro, i en pugna con sus antiguos procederés.

Hemos hecho bien en decir que las circunstancias políticas por que atraviesan los hombres dan fuerza i color a sus actos.

Las acciones del señor Montt recibieron, pues, todo el prestijio de las circunstancias. Los actos anteriores a los de su Gobierno, ejecutados con absoluta libertad i con tiránica fiscalizacion, estaban amparados i prestijados por aquella independéncia del hombre que no ha asumido todavía responsabilidades que lo *aten de pies i manos* i los de su Presidencia estuvieron en pugna con la propia naturaleza de su cargo i la de su honorable espíritu.

¿Pensó alguna vez el señor Montt que seria en el desempeño de sus altas funciones vícti-

ma de lo que habian sido sus predecesores a quienes encadenó siniestramente a la Constitucion que él despues violó con absoluta *sinceridad*?

Si lo pensó, como tiene derecho todo hombre a pensar lo que desee, se creyó al mismo tiempo bastante poderoso para romper las ligaduras que lo iban a atar, i bastante poderoso para no alejarse de sus altos deberes. Es mui probable que don Pedro se estimara uno de aquellos séres extraordinarios cuya voluntad es superior a los obstáculos. I para saber a ciencia cierta lo que le ocurría, sólo faltaba verle en el alto cargo que ambicionaba lejítimamente desde años atras.

Como un saludo a la bandera, un destructor infalible de sus propósitos, se atravesó en su programa la víspera de su exaltacion: una terrible conmocion terrestre destruyó la ciudad de Valparaiso, imponiendo para el prestigio político, social, comercial e internacional la inmediata reconstruccion de aquella, distraiendo de esta manera los fondos públicos que el señor Montt debía de destinar para la construccion de ferrocarriles interiores, de palacios,

escuelas, museos, intendencias, gobernaciones, tribunales de la capital i de las provincias etc., etc.

He aquí un obstáculo invencible: he aquí el principio de un desastre.

No eran los hombres los que maniobraban en tal forma; no eran ellos los que estorbaban el programa del señor Montt. Era la naturaleza, que se rebelaba contra él en los umbrales de la Presidencia.

Cuando el Emperador de Rusia, Nicolás II subió al Trono en 1894, sucediendo lejitimamente a Alejandro III, su augusto padre, hubo en Moscow, a propósito de la Coronacion, una horrible carnicería. Los muertos, segun las cifras oficiales, eran tres mil; pero segun el cómputo del pueblo, que reclamaba a sus hermanos, eran seis mil.

Castelar, el eminente literato i orador español, que entonces vivia i que tantas crónicas escribió por esa época, relacionadas con la política de los Reyes de Europa, cual un cortesano que vivia en los Palacios que la gran guerra de hoi dia ha convertido en fortalezas, hospitales etc., consideraba esta matan-

za como un mal presajio para el Gobierno del nuevo Emperador, i creia que con él caeria para siempre del Trono la dinastía de Romanoff.

En 1906, a propósito del terremoto que destruyó a Valparaiso en víspera de asumir la Presidencia de la República el señor don Pedro Montt, un diario sudamericano, comentando el desastre, escribió así: *Hacemos votos fervorosos porque este cataclismo, que ha convertido en ruinas el gran puerto de Valparaiso, no sea un mal augurio para el nuevo gobierno que pronto va a iniciarse en Chile.*

Desgraciadamente, los presentimientos de aquel diario se cumplieron, porque la Presidencia del señor Montt fué la encarnacion de uno de los gobiernos mas autoritarios.

Por donde miremos aquel Gobierno destinado, por el hecho de encontrarse a la cabeza de él uno de los hombres mas probos de Chile, uno de los políticos mas austeros, uno de los fiscalizadores mas inexorables, a hacer la felicidad del Estado, lo hallamos deficiente. Querriamos sinceramente que estas deficiencias afectasen a servicios vulgares; jamas a

aquellos que deciden de la gloria de una jornada, del honor de un Gobierno. Pero no ha pasado así. La Hacienda Pública i las Relaciones internacionales cuyas direcciones son la estela luminosa de los Jefes de Estado, fueron seriamente comprometidas como si sus brillantes destinos estuviesen encomendados a una nulidad, i no a un hombre del carácter del señor Montt, que llegó a la Moneda precedido de la mas hermosa fama.

Jamas gobierno alguno de Chile, sobre todo de aquellos que corresponden a los tiempos actuales severamente reglamentados por leyes bien inspiradas, habia jugado mas siniestramente con la fortuna del Fisco.

¿A cuánto ascendió el derroche? no lo sabemos. Los balances presentados hasta hoi no son exactos, ni aun el que fué hecho por el Ministro Balmaceda con premura para satisfacer las exigencias del Congreso i del Vicepresidente, tiene fundamento serio. Ese balance sirvió para el acto en que se le presentó i nada mas. Se ha dicho con insistencia que el derroche asciende a mas de ciento cincuenta millones de pesos!!!

El señor Presidente, en el ejercicio de su cargo, fué cruelmente asaltado por la obsesion tenaz de las inversiones de dinero del Estado en toda clase de trabajos públicos. No queria dejar el poder sin llevar adelante los puntos de su programa. Fueron tantas i tan costosas las obras públicas que emprendió i tantos los contratos que suscribió en nombre del Fisco con extranjeros i chilenos honorables i desmoralizados, que se vió precisado para dar cumplimiento a los compromisos e impedir la paralización de los trabajos, a cruzar senderos que su elevada conciencia no estaba acostumbrada a recorrer. Esta actitud le creó serias dificultades, al extremo de considerarlo el público como un Presidente audaz i atrabiliario.

Jamas Jefe de Estado alguno fué combatido por la oposicion política con mayor encarnizamiento. Sus adversarios le atacaron de un modo cruel, irrespetuoso e insolente. Esto debió de haber hecho profundo daño a su salud bastante achacosa i a su dignidad de hombre i de majistrado.

El campo de batalla fué *La Mañana*, uno de los diarios mas interesantes de su época.

La pluma dirigida hábilmente por inteligencias claras i bien preparadas, i perfectamente instruidas en el conocimiento i aplicacion de las leyes, no perdonó a ese Gobierno ningun acto dictatorial. Lo enrostró todo a su Jefe con valentía asombrosa. Esa pluma fué acerba hasta la ponderacion, pero al lado del furor se hallaban tambien la equidad i la justicia.

Los Directores de *La Mañana* nada ignoraban de la vida de Palacio. Estaban enterados de todo cual lo está un cortesano que pisa diariamente sus tapices de Smirna i saborea los succulentos manjares de la mesa rejia. Llevaban la Contabilidad del Erario Público con rara minuciosidad i analizaban las ventajas i desventajas de los contratos del Estado con patriótico desinterés.

No fueron ménos estrictos en lo que se relacionaba con la Política Exterior i la Defensa Nacional, negocios que, a juicio de aquellos, el Gobierno del señor Montt dirijió con un criterio poco apropiado a las circunstancias, inclinando casi siempre todo el cuerpo al asunto *chileno-peruano*, que se debatió entónces

con increíble ardor, causando gran ruido en la América de Colon i en Norte América.

Jamas bajo Presidencia alguna aquel bullado negocio fué dirijido con ménos seriedad. Creyendo el Gobierno llevarlo por buen camino, se fué por un sendero errado, que ántes que a un glorioso fin lo condujo a un profundo desprestijio.

La Historia de las Relaciones Esteriores dejará todo esto en claro. Ella nos confirmará en nuestra esposicion i sin esforzarse mucho en representarnos el papel que jugó entónces el Gobierno en tan delicada materia, establecerá que la política internacional no fué dirijida como correspondia a una cancillería gloriosa i a un Jefe de Estado tambien glorioso.

18 Abril—16 Agosto 1918.

